

LA MIEL DE LOS MUDOS



**Y OTROS CUENTOS TICOS
DE CIENCIA FICCIÓN**

Iván Molina Jiménez

Iván Molina Jiménez

LA MIEL DE LOS MUDOS

**Y OTROS CUENTOS TICOS
DE CIENCIA FICCIÓN**

San José
2003

863.6
M722c

Molina Jiménez, Iván

La miel de los mudos y otros cuentos típicos
de ciencia ficción / Iván Molina Jiménez. – 1 ed.
–San José, C.R. : I. Molina J., 2003.
92 p. ; 21 cm

ISBN: 9977-12-701-8

1. Cuentos - costarricenses. 2. Ciencia ficción -
Cuentos. I. Título.

Los personajes, experiencias, entidades, instituciones y eventos descritos en este libro son ficticios o utilizados ficticiamente.

Primera edición: 2003.

Diseño de portada: Silanif Sumsare.

Ilustración de portada y contraportada: Zamora, Fernando, *Álbum de vistas de Costa Rica*. San José, s. e., 1909, foto 93, “Ríos Caracha y Poás” (detalle).

© Iván Molina Jiménez.

Apdo. 1478-4050. Alajuela, Costa Rica; email: ivanm2001@hotmail.com

Prohibida la reproducción total o parcial.

Todos los derechos reservados.

Hecho el depósito de ley.

CONTENIDO

FEBRERO 2034	7
CRAKS	17
HAZAÑA PRESIDENCIAL	29
LOS PEREGRINOS DEL MAR	39
LA MIEL DE LOS MUDOS	43
FINALIS	61
PREMIÈRE	77
DESPEDIDA	83
ALGODÓN DE AZÚCAR	87
CATARATA	91

FEBRERO 2034

La voz venía de lejos. La imagen de un bosque bajo la lluvia se desvaneció lentamente. Luis Dobles se aferró a su sueño, pero ya era muy tarde. Las palabras corrían por todo el apartamento. La cortina, al frente de su cama, se descorrió en silencio y el sol se desparramó, en desorden, por el dormitorio. De la cocina, salía un olor a café y a pan caliente.

—¡Buenos días, don Luis! ¿Durmió bien?

—Sí, gracias Matilde.

—¿Desayunará en la cama?

—No. En la cocina.

Jamás desayunaba en la cama, pero Matilde estaba programada para preguntárselo. Se levantó y la cama empezó a tenderse. Caminó a la cocina y se sentó de espaldas a la ventana.

—Don Luis, en treinta segundos me conectaré a la computadora del Tribunal Supremo de Elecciones.

—Lo sé. Es inevitable.

Miró el reloj que colgaba en la pared y esperó con una evidente expresión de fastidio. A las ocho en punto, una orquesta invisible empezó a tocar el Himno Nacional, compuesto casi dos siglos atrás por un músico que vendía partituras arregladas.

–“Costarricenses –era una voz masculina–. Votar es el deber y el derecho más sagrado de todo ciudadano; en las urnas, se afirma la voluntad de los pueblos que son libres y soberanos. Hoy, primer domingo de febrero, es un día de fiesta nacional; de nuevo, seremos distintos. Al emitir el sufragio, le diremos al mundo que en Costa Rica la democracia se fortalece cada vez más. Dios y la Patria...”

Luis cerró los ojos. “Lo mismo de siempre”, pensó. Se levantó y se acercó a la ventana. Vivía en Los Yoses, en el último nivel de “Soho”, un edificio de 25 pisos, uno de los condominios más caros y exclusivos de San José. La vista era magnífica: distantes y siempre azules, las montañas, con sus cimas desprovistas de nubes; por el oeste y casi besando los rascacielos, una luna de día brillaba con languidez; y abajo, en las calles, miles de autos, muchos con enormes banderas y –se imaginó Luis, cuyo apartamento estaba insonorizado– “de seguro pitando a lo loco”.

El discurso de apertura de las urnas iba a finalizar; después, vendrían las instrucciones, que todos conocían ya, desde que se computadorizó la votación, a fines de la década del 2.000. Se podía votar casi en cualquier lugar que contara con un computador XI600, especializado en tareas domésticas: cárceles, burdeles, bancos, cines, templos, discotecas, boticas, hospitales, comisarías, supermercados, tiendas y –un privilegio de los ricos y la clase media– en la propia casa o apartamento.

–“...enorgullézcase de ser costarricense y goce del privilegio de votar. ¡Vote, por Costa Rica!”–El eco de la última frase todavía se oía, cuando una voz femenina se abrió paso. “Votar es fácil y lo podrá hacer de las 8 de la mañana a las 6 de la tarde. Acérquese a cualquier *servidora* –designación popular del XI600– y dígame que desea votar. En la parte inferior derecha de la pantalla, aparecerá un pequeño

círculo. Coloque en él su pulgar derecho y espere unos segundos. Si usted está capacitado para votar, se desplegarán, en su orden, tres papeletas: para Presidente, Diputados y Municipales. Asegúrese de votar correctamente. Fíjese en el color de la bandera de los partidos y en el nombre de los candidatos.”

La última palabra terminó con un silbido casi musical; después de una breve pausa (innecesaria, ya que esa suave y distinguida voz de mujer procedía del coprocesador oral TJ9), la liturgia electoral prosiguió otra vez.

—“Con cuidado, coloque su pulgar derecho en la casilla de su preferencia en cada papeleta; al retirar su dedo, su impresión digital será visible en la pantalla. Si escoge dos o más casillas en una misma papeleta anulará su voto; y si transcurrido un minuto después del despliegue de la papeleta usted todavía no ha votado, la papeleta se cerrará y su sufragio quedará como un voto en blanco.”

Otro silencio. Luis, de pie frente a la ventana, estaba muy distraído para notarlo. A lo lejos, un avión partía en dos el cielo azul con la estela blanca de su paso.

—“De no estar capacitado para votar, la computadora le dirá por qué. Si la respuesta no le satisface, pídale que lo comunique con un oficial del Tribunal Supremo de Elecciones. Proceda de igual forma si, por algún impedimento físico, no puede sufragar de la manera usual. El funcionario le indicará cómo emitir su voto.”

La voz de mujer soñada desapareció, desplazada por otra, varonil, severa, casi metálica.

—“Si usted no tiene 18 años cumplidos o no es costarricense por nacimiento o naturalización, no puede votar; en caso de que lo intente, la computadora le advertirá que por falta de esos requisitos fundamentales, se le impide sufragar. No insista. Tampoco trate de votar dos veces. Se arriesga a incurrir en un grave delito electoral.”

La última advertencia se desvaneció, entre el alboroto de los compases iniciales del Himno Nacional. Al finalizar los acordes patrios, Matilde se apresuró a decir:

—Don Luis, estoy a su entera disposición para cuando guste votar.

*

La epidemia empezó el primer domingo de un febrero electoral a inicios del siglo XXI, aunque en ese año se trató de un caso aislado. Ramiro Zamora, de 87 años, zapatero y comunista en la década de 1930, salió de su casa en Pavas a las tres de la tarde. Veinte minutos después, el bús lo dejó en el Paseo Colón. Tomó Sabana y se bajó en la Catedral. Caminó a la Plaza de la Cultura, en la cual no cabía un alfiler. A como pudo, se abrió paso, sacó un revólver calibre 38 y disparó tres veces al aire. La maroma surtió efecto. El bullicio típico de un día de comicios cedió y una multitud angustiada lo miró con miedo. El viejo se quitó el sombrero, escupió y dijo, “este es mi voto”. Colocó la pistola en su sien izquierda y apretó el gatillo.

Los periódicos del lunes encontraron espacio para, entre las declaraciones de ganadores y perdedores, deplorar la locura de Zamora. Pero el impacto del suicidio pasó pronto, gracias a los nuevos brotes de tifus y fiebre amarilla que azotaron al país por esa época. Luego, con la vertiginosa privatización del INS, el ICE y la CCSS, y con la subasta de las universidades públicas (compradas a plazos y sin prima por *colleges* de Miami de quinta categoría), el “tiro de don Ramiro” cayó en el olvido.

La sorpresa vino cuatro años después. El domingo de los comicios, veinte personas se mataron porque no tenían por quién votar: diez emplearon un arma de fuego, cinco se defenestraron, uno se ahorcó con una soga fabricada con las banderas de todos los partidos, otro se envenenó al comerse

los futuros programas de gobierno y tres, con sus cuerpos desnudos empapelados con propaganda electoral, se prendieron fuego enfrente del Tribunal Supremo de Elecciones. El ahorcado, un poeta de 19 años, fue el único que dejó una carta, en la que decía: "...para qué votar, si lo que significa es elegir entre una mafia u otra."

Los preparativos para impedir que la situación empeorara fracasaron en las elecciones siguientes. Para los comicios del 2018, hubo 3.000 suicidios. Dos años después, en el Ministerio de Salud se creó la Comisión para Evitar el Suicidio Electoral (CESE), la cual se convirtió en Departamento en el 2021 y en una Defensoría en el 2023. El esfuerzo institucional, al cual se sumó la Iglesia Católica, fue enteramente vano. La oleada de autodestrucción crecía cada vez más.

A partir de la campaña del 2022, en las encuestas sobre la intención de voto, se agregó una pregunta específica para calcular cuántos ciudadanos se quitarían la vida. La primera empresa que aplicó ese cuestionario fue acusada de incitar al suicidio y, por extensión, de conspirar contra la democracia, al promover la extinción del "demos". Pero como lo explicó su Gerente (dueño también de una exitosa cadena de pompas fúnebres), "...es necesario preveer. Incinerar o enterrar 5.000 cuerpos de un día para otro es un verdadero problema."

Muerte feliz, una compañía funeraria de capital transnacional, fue más allá: por un módico diez por ciento adicional, ofrecía a los eventuales suicidas sepultarlos 24 horas después del fallecimiento, siempre y cuando avisaran con dos semanas de anticipación y cancelaran la mitad del valor del servicio, suma no reembolsable en caso de arrepentimiento. El lema de la empresa era "Para qué angustiar a sus seres queridos. Reserve con tiempo."

El fenómeno de la autodestrucción alcanzó un nivel tan elevado en la elección del 2026, que provocó un acalorado debate en las Naciones Unidas. La Asamblea General, aunque desoyó las voces que exigían una intervención militar, dispuso investigar la epidemia, tarea que se encargó a los doctores Paul Palmerston (descendiente del Primer Ministro británico del siglo XIX) y Edward Lequc (hijo de un ex-Presidente de los Estados Unidos). Los dos distinguidos científicos permanecieron un año en Costa Rica, entre visitas a las playas, entrevistas a los deudos de los muertos y conversaciones con los políticos criollos.

El informe de más de quinientas páginas, tras descartar que el agente fuera una malformación genética, revelaba que todos los suicidas eran personas normales (el grupo de más alto riesgo estaba conformado por varones mayores de 40 años). La enfermedad se identificó como asfixia electoral. El síntoma inicial era un cierto desasosiego, seguido por un profundo dolor en la nuca y el desgano sexual. Después, costaba conciliar el sueño y se perdía el deseo de comer y de ver televisión. La actitud taciturna del enfermo disfrazaba un alza súbita de la conciencia ciudadana, que abría la puerta a la crisis final.

Electoral syndrome in Costa Rica, posteriormente publicado por la “Hilary Academic Press”, les valió a Palmerston y a Lequc el Premio Nóbel de Psicología del año 2028. La conclusión básica de la obra (aunque para algunos de valor puramente interpretativo) era que la autodestrucción de los ticos obedecía al creciente deterioro moral de su clase política. De acuerdo con el llamado “Gráfico de las tres curvas”, el alza en la tasa de corrupción de los políticos desencadenó una ascendente frustración ciudadana, que se expresó en variados comportamientos anti-sistémicos, uno de los cuales era el suicidio.

El estudio de Palmerston y Leque terminaba con una propuesta para enfrentar la epidemia, la cual no se puso en práctica, ya que su eje era un extenso programa de moralización y des-corrupción de los políticos. El Gobierno se limitó, en el 2029, a emprender una campaña bajo el lema de “Sea patriota. ¡Vote! ¡No se mate!”, que se realizó casa por casa y para la cual se movilizaron maestros y escolares. El escaso éxito que tuvo este plan preventivo fue atribuido por las autoridades a una obra publicada en enero del 2030 por Miguel Ángel y José María Ruggiero, titulada *¿Cómo suicidarse en un día de elecciones? Consejos prácticos para elegir el lugar, la hora y el medio*. Los autores fueron acusados por incitar al crimen, pero en dos semanas vendieron 3 ediciones de 20.000 ejemplares cada una.

La discusión en la ONU prosiguió con creciente virulencia el lunes posterior a las elecciones de febrero del 2030, y alcanzó un verdadero clímax en junio de ese año, cuando los doctores Palmerston y Leque publicaron, en una edición dominical del *New York Tokyo Times*, su sofisticada e inquietante “*Sesquicentennial Projection*”. Apoyados en complejísimos cálculos matemáticos, los célebres psicólogos sociales preveían que en los comicios del 2042, con la conjunción de los 150 años del nacimiento de la democracia en Costa Rica y el centenario de las Garantías Sociales, se verificaría un mínimo de 50.000 suicidios, cifra digna de una pequeña guerra.

La decisión de la ONU fue tajante: si la autodestrucción no empezaba a bajar a partir de las elecciones del 2034, para el 2038 el país sería intervenido. La clase política criolla perdería todos sus puestos y privilegios y varios de sus líderes podrían ser extraditados y juzgados en el exterior. La administración pública quedaría a cargo de una junta internacional durante un período indefinido, en tanto una nueva

generación de políticos probos, visionarios y sinceros era preparada para asumir el relevo.

La capacitación intelectual y moral de la nueva clase política se basaría en un programa internacional, de seis años de duración (sin la tesis), llamado “Political Decency”. El plan de estudios sería coordinado desde California por Palmerston y Leque e incluiría actividades como trabajo comunal en Somalia y la India, pasantías en el Vaticano con el Papa y en el Tíbet con el Dalai-Lama, voluntariado ecológico en el Amazonas, recolección de fondos para la Cruz Roja en las autopistas japonesas y períodos de aislamiento y reflexión en la estación espacial “Madre Teresa”.

*

A las 5:50 de la tarde, Matilde advirtió con su voz de criada complaciente:

—Don Luis, faltan diez minutos para que se cierren las urnas. ¿Desea votar ya?

—No. Abre la puerta del balcón por favor.

El viento de febrero lo golpeó en la cara con la familiaridad de un viejo amigo.

—Canal 507 por favor.

La televisión se encendió. El periodista, en las afueras de la Defensoría para Evitar el Suicidio Electoral, parecía satisfecho.

—Sube el volumen.

—“...gracias a los esfuerzos de las autoridades, todo indica que el número de suicidios será inferior al de elecciones anteriores. En mi reloj, faltan siete minutos para que termine la votación.”

Luis Dobles sonrió. La impuntualidad de los ticos era famosa en todo el mundo, pero desde que se inició la epidemia, solo una persona se suicidó una vez cerradas las urnas: en febrero del 2010, J. R. León, un filósofo que tenía previs-

to electrocutarse en el jardín de su casa, vio peligrar su deseo, al ocurrir un apagón. Desesperado, trató de conectarse a la batería del auto, con escaso éxito. Casi al borde del colapso, se acordó de que uno de sus vecinos poseía una planta eléctrica portátil. Lo llamó por teléfono y nadie contestó. Con ira, lanzó el auricular contra la pared, se conectó de nuevo los cables y se sentó a esperar, con filosofía y la vista fija en una de las lámparas de la terraza, que parpadeó treinta segundos después de que terminaron los comicios.

Dado el condicionante del horario, y en un afán por controlar la epidemia, en el 2018 se limitó la votación a dos horas (de una a tres de la tarde). La medida, cuya eventual eficacia se exageró, fue un fracaso y provocó graves disturbios. Lo peor ocurrió en el puente de los Anonos: bajo un sol abrasador, se formaron largas filas de suicidas, en espera de su turno. Exasperados por el calor, el lento avance y la desvergüenza de los que se colaban, pasaron de los insultos a los golpes. El expastor de una secta evangélica trató de calmar los ánimos, pero –por entrometido– fue amarrado a un árbol para que no pudiera suicidarse.

El desorden terminó en un violento enfrentamiento con la policía y en el saqueo del comercio de Escazú. La asociación entre suicidio y pillaje, tejida *ipso facto* por la prensa (siempre proclive a inventar conspiraciones), fue desmentida por una joven de 23 años, quien afirmó que el vandalismo fue obra de delincuentes comunes, no de los suicidas. A la vez, agregó –entre sollozos– que su vida estaba destrozada porque su novio sí había logrado matarse y ella, en cambio, fue detenida por equivocación.

–Don Luis, le queda exactamente un minuto para votar.

La voz de Matilde casi tenía un dejo de preocupación, pero su dueño no la oyó. Trepado en la barandilla del balcón, desnudo, con los brazos extendidos como un enorme

albatros, evocaba lejanas tardes de su infancia. De niño fue un excelente nadador. ¡Cómo le gustaba pararse en el borde del trampolín, de espaldas a la amplia piscina de sus abuelos, cerrar los ojos, aspirar profundamente, tensar sus músculos y saltar!

Y saltó.

CRAKS

Era diciembre. Llovía desde las tres de la tarde y San José era un caos. Alberto, al volante de su aeropatrulla, veía las calles desde una prudente distancia. Las personas parecían insectos oscuros bajo sus abrigos de invierno. La temperatura afuera era de tres grados centígrados y el vapor desprendido de las alcantarillas se disolvía en el viento, perdido entre edificios de cientos de pisos. Lo que una vez fue una aldea de casas de adobe, era en el año 2075 el eje de un casco urbano de dos mil kilómetros cuadrados y veinte millones de habitantes.

—Base uno, aquí 23J5. Todo tranquilo.

—Entendido. Revise el sector seis.

—Procedo.

La pequeña nave cruzó por debajo del puente que unía dos enormes rascacielos y se dirigió a Tibás; de pronto, una luz roja se encendió en el tablero de control y, desde una comisaría lejana, una voz tensa advirtió:

—Atención 23J5, un sospechoso se prepara para cometer un delito.

—Listo. Prevención en marcha.

El diminuto y complejo supercomputador de la nave activó el programa solicitado. El casco que cubría la cabeza de Alberto se convirtió de pronto en una enorme pantalla, en la

que podía ver un mar de personas apuradas, que transitaban por la avenida Carazo, ateridas por el frío. Sin aviso, un círculo rojo, del tamaño de una bola de billar, apareció en la frente de un desconocido. La voz de la comisaría lejana se volvió a oír:

—Federico 28G9. Treinta años. Sin ocupación. Tres veces procesado por asalto. Acaba de cumplir una sentencia de un año en la Reforma III. Está armado con una Láser 29 programada para matar. Se le considera altamente peligroso. Puntaje: 98. La víctima eventual camina un metro adelante. Se llama Roberto 25T8. Veintisiete años. Agente de seguros. Sin antecedentes Lleva una Láser 15, cargada. para aturdir. Con permiso para portarla. Tiempo estimado del ataque: un minuto y cuarenta y cinco segundos. Datos transferidos a computadora judicial.

Alberto esperó, impaciente, sin apartar la vista del sospechoso. El cañón automático de la nave, infalible e inexorable a la vez, ya estaba en posición.

—El juez 36U8 autoriza la eliminación.

Roberto 25T8 tuvo la impresión de ver un destello de luz, pero no le prestó atención. Tampoco al cuerpo que cayó a sus espaldas con el cerebro fulminado.

—¡Felicitaciones 23J5! El disparo fue perfecto. Diez puntos de bonificación. Aventaja a 12F5 en seis puntos. La computadora estima en un 90 por ciento sus posibilidades de ser el aerovigilante del año y ganar un viaje de una semana, con todo pago, a una climatizada playa de Guanacaste. ¡Buena suerte!

*

El Microchip de Control de la Personalidad Criminal (MCPC) fue inventado en Alemania en el 2040 para resolver el grave problema de la sobrepoblación carcelaria. El veloz ascenso en la tasa de criminalidad a partir del 2030,

derivado según los sociólogos de la severa crisis ecológico-económica que estalló en el 2028, colmó las prisiones de toda la Tierra (incluidas las ubicadas en el fondo del mar y las subterráneas), las de las estaciones espaciales y las de la Luna. El Consejo Mundial, presionado por el descontento popular y el gasto excesivo que el creciente aparato policíaco y penal suponía, acordó financiar un costoso programa de investigación, cuyo fin último era vaciar las celdas.

Los proyectos específicos, a cargo de especializados equipos interdisciplinarios, enfocaron el problema desde las ópticas más variadas: extender la pena de muerte, implantar en cada embrión un código genético de absoluto respeto a las leyes vigentes, destruir la personalidad de los criminales mediante un lavado de cerebro con ultrasonido y otras opciones por el estilo. La Comisión Universal de Derechos Humanos, sin embargo, se opuso a cualquier “solución” que atentara contra el libre albedrío. El Papa Boris II apoyó con presteza tal pronunciamiento, confirmado por una encuesta videofónica que efectuó la compañía “¿Y qué opina usted?”

El entusiasmo inicial, estimulado por jugosos presupuestos billonarios, pronto fue desplazado por el escepticismo y más tarde por la decepción. La prensa y los políticos ya daban por perdida la batalla cuando en abril del 2040, el equipo de trabajo de la Universidad Libre de Sajonia, dirigido por el psicológico von Alfonsis, presentó el MCPC. El dispositivo, casi invisible a la vista, constaba de millones de microcomponentes y su funcionamiento era muy sencillo: instalado en el cerebro de una persona, permitía –mediante cualquier computador Alfa de la serie GX– conocer sus pensamientos en el instante mismo de originarse.

La acalorada discusión entre moralistas y políticos que se inició después que pasó el asombro de los primeros días, alcanzó su apogeo una vez que se supo que el MCPC tenía

dos dispositivos extra: el Inhibidor de la Voluntad y el Blanco-Guía. El primero podía ser programado para que la persona, al disponerse a cometer un crimen, sufriera una parálisis total aunque momentánea, desactivable únicamente por la policía. El segundo emitía una onda de corto alcance, descifrable por la computadora de precisión, previamente ajustada, de un cañón láser.

El debate sobre el libre albedrío volvió a ocupar los titulares de la prensa planetaria. La opinión que se impuso, poco a poco, fue que a todo individuo se le debía permitir decidir, aunque fuera a cometer un crimen; en tal caso, se procedería de inmediato para evitar el delito y castigar al infractor. El programa de “Vigilancia Preventiva”, puesto en práctica en el 2043, parecía la solución perfecta: seguro, eficaz, barato y justo.

El proyecto piloto se verificaría en el distrito de Costa Rica: el MCPC se implantaría —de oficio— en todas las personas culpables de algún delito, cuya estadía en la cárcel jamás sería superior a un año. Cumplido el plazo, volverían a las calles, pero sus pensamientos se vigilarían constantemente; en caso de que decidieran cometer otro crimen, el control policíaco alertaría de inmediato a la aeropatrulla más cercana y a la supercomputadora judicial, que juzgaría al infractor sin tardanza. El proceso, que duraría una milésima de segundo, contaría con la participación virtual de un juez, un fiscal, un abogado defensor y un jurado.

El fallo se comunicaría inmediatamente al vigilante aéreo, encargado de ejecutar la sentencia, que podía ser de tres tipos, de acuerdo con la gravedad del delito a cometer: un disparo de atontamiento, paralizante o letal. El Blanco-Guía del MCPC aseguraría un tiro sin error, por lo que jamás una tercera persona sería herida. Los infractores sobrevivientes, en el curso del proceso de vigilancia y de acuerdo con los

buenos o malos pensamientos que tuvieran, sumarían o perderían puntos. La implantación del MCPC les significaría de entrada 50 puntos. Por cada año en que no se propusieran cometer un delito, se les rebajaría una decena de puntos, y cuando alcanzaran menos 50 puntos, se consideraría retirarles el MCPC. Lo contrario era menos agradable. Después de 70 puntos, cualquier delito que decidieran ejecutar suponría un disparo paralizante; y después de 90 puntos, un tiro letal.

El éxito que tuvo el plan piloto en Costa Rica, gracias a la eliminación física del 25 por ciento de los que delinquíán, preparó su aplicación universal, que alcanzó un porcentaje máximo de exterminio del 40 por ciento en Estados Unidos. Las cárceles se vaciaron y la tasa de criminalidad cayó constantemente. Fue posible volver a andar por las calles de las ciudades sin temor a un asalto y la prensa sensacionalista, falta de temas, sufrió una severa crisis. El espejismo de la tranquilidad, sin embargo, se desvaneció al aparecer —primero en San José y luego en el mundo— los craks.

*

El origen del nombre no era claro: unos decían que provenía de una droga prohibida, muy popular a fines del siglo XX hasta que fue legalizada; otros afirmaban que era una onomatopeya, derivada del sonido de los huesos al romperse. Independientemente de su etimología, la palabra por sí sola provocaba escalofríos. Los craks, pandillas juveniles cuyos miembros tenían una edad promedio de 18 años, solían atacar a sus presas con tubos industriales del tipo GD45, livianos pero de extrema resistencia.

El ataque se iniciaba usualmente con un golpe en el estómago, que dejaba a la víctima en el suelo, indefensa y presa de fuertes convulsiones; después, la colocaban con los brazos y las piernas extendidos, y procedían a pulverizar

despacio y con precisión cada una de sus extremidades. Por último, tras destrozarle la columna vertebral al “elegido por los dioses”, llamaban al 911. Diestros en el uso de alteradores del rostro, siempre filmaban el ataque y la intervención de los paramédicos y la policía con una minicámara de video de tercera dimensión.

Los craks, a diferencia de otros criminales, jamás violaban, mataban o robaban a sus víctimas: simplemente las destruían y luego vendían la película a la prensa sensacionalista. Las cadenas televisivas especializadas en sucesos eran sus mejores clientes. El canal 444 tenía en el 2075 casi 10 años de liderar las encuestas de audiencia con una serie titulada “Golpe a golpe”, que mereció incluso un premio internacional de la crítica en la categoría de Realismo Visual. Fue imposible contener esa polémica comercialización de la violencia: de acuerdo con el Acta 123 del Consejo Mundial del 2050, la libertad de expresión y de información tenía prioridad absoluta.

¿Quiénes eran los craks? ¿Por qué no podía controlarlos la policía? Estas dos preguntas fueron contestadas rigurosamente por el sociólogo social Arturo Solís en el 2068, quien con el apoyo financiero de la Universidad Privada de Costa Rica y en virtud de un convenio firmado con el jefe de las pandillas (sección San José), pasó un semestre entrevistando a los jóvenes. El estudio titulado *Los nuevos Armagedones* (un título sugerido por los propios pandilleros) dejó a políticos, académicos, planificadores y científicos completamente estupefactos.

Los craks eran hijos de criminales comunes a los cuales se les había implantado el MCPC. Gracias a los nuevos avances genéticos que permitían a la humanidad autoprogramarse para resistir las nuevas enfermedades, los niños desarrollaron una resistencia natural contra el Microchip.

Por tanto, una vez que delinquieron y les fue instalado, pronto aprendieron a engañar al dispositivo, mediante una sencilla práctica de simulación intelectual. Solís comprobó fuera de toda duda razonable que mientras una banda de pandilleros molía a golpes a una joven modelo, sus pensamientos antes, durante y después del ataque fueron lo suficientemente normales para no alarmar a la Supercomputadora de Vigilancia. Pero cuando la alerta se activaba (un fallo generalmente producto de la impericia de un principiante) y se presentaba una aeropatrulla, la pandilla en su conjunto era capaz de desorientar el cañón láser, cuyo disparo nunca daba en el blanco.

El crecimiento exponencial de los craks era agravado, en opinión de Solís, por dos razones: en los últimos 25 años y después de varios programas sucesivos de movilidad laboral (voluntaria y forzosa), el aparato policial se había reducido al mínimo, a la vez que se especializaba en un control despersonalizado y a distancia del crimen. Para combatir a los craks, que vivían en el submundo de alcantarillas de la megalópolis que era el Valle Central de Costa Rica, se necesitaría elevar enormemente el número de efectivos, volverlos a enviar a las calles y, para compensar el costo financiero de los nuevos puestos, reducir el sistema prevaleciente de bonificaciones y premios. El Sindicato Solidarista de la Policía adversaba fuertemente este triple cambio.

El otro aspecto que agravaba el peligro de los craks era su proceso de intelectualización: en su afán por desafiar a las autoridades, estos jóvenes dedicaban gran parte de su tiempo libre a leer. Primero empezaron con todo tipo de obras de ficción; más tarde se aplicaron al estudio de ensayos políticos, sociales e históricos, en cuenta los textos de izquierda publicados cien años atrás. Los efectos de tales lecturas pronto fueron visibles. En el 2074, Lucía, líder de

la sección San José, editó en videoaudio un manifiesto llamado “Sed de justicia”.

El argumento principal era claro: los pobres y marginados del planeta estaban sometidos a un sistema de control y castigo arbitrario e injusto, organizado según un criterio estrictamente clasista (de hecho, todos los craks fueron declarados en el 2069 enemigos públicos y condenados a muerte). Los delitos de corrupción, evasión fiscal y otros conocidos desde el siglo XX como de cuello blanco, jamás ameritaban la implantación de MCPC. Sin embargo, cualquier robo, por mínimo que fuera, sí lo suponía. Consultado sobre el manifiesto, Solís aseguró:

—Puede ser el documento fundacional de una guerrilla urbana. De hecho, es sabido que varias pandillas han comenzado a comprar armas láser de alto poder.

*

Alberto estaba preocupado y esperanzado a la vez. Empezaba la noche del 31 de diciembre y 12F5 lo aventajaba en diez puntos. Tenía cinco horas y cuarenta minutos para cambiar eso. Lo único que podía salvarlo era liquidar a un crak. Dos días antes, el puntaje por matar uno había subido de 25 a 30 puntos, y él sabía donde encontrar el que necesitaba.

—Control. Me dirijo a San Pedro.

—Entendido.

12F5 no trabajaba esa noche (un descanso obligatorio), de manera que el campo estaba libre. Alberto voló sobre calles y rascacielos iluminados hasta las cercanías de la Universidad Privada de Costa Rica. El viejo campus se veía tranquilo.

—Base 1. Aquí 23J5. Solicito autorización para descender a diez metros.

—Concedida.

Durante los últimos veinte días, Alberto había visto, una y otra vez, ciertos episodios de los dos últimos años de la serie “Golpe a golpe”. También pasó largas horas en los archivos de la policía. Revisó cientos de fotos. Dada la constante movilidad geográfica de los craks y el uso de alteradores del rostro, era difícil identificarlos y localizarlos; pero Alberto estaba seguro de que ella permanecía en San José.

–Sospecho presencia de craks. Solicito autorización para empleo manual del cañón láser.

La voz tardó más de lo usual esta vez.

–Concedida. Es mi obligación recordarle 23J5 que si por error hiere o mata a un ciudadano, o daña o destruye propiedad ajena, puede ser despedido, procesado y sujeto a una acción civil resarcitoria.

–Entendido.

La nave se quedó en silencio. Alberto apagó todas las luces y encendió el proyector de sombra, que invisibilizaba completamente el aparato. Despacio, se acercó por el oeste y se detuvo a doscientos metros de distancia de la antigua biblioteca universitaria, ahora convertida en el Museo de Incunables Modernos. A un costado de la entrada principal, se ubicaba una fuente declarada patrimonio histórico, rebozante de agua congelada.

–Sé que estás aquí.

Alberto activó su cámara de penetración profunda. Su casco se transformó otra vez en una pantalla: era como asomarse a cada una de las ventanas del edificio. La vio en el fondo de un pasillo, entre estantes de madera, con una pequeña lámpara a su lado. Leía un libro amarillento. La reconoció por el anillo. Era muy bella: difícilmente tendría más de veinte años, delgada, el pelo largo, parecida a esa acompañante que viviría una semana con él en la playa, dispuesta a satisfacerlo en todo (siempre que ganara).

El procedimiento lo obligaba a que la computadora explorase el cerebro de la joven, detectara el MCPC y autorizara la eliminación. Todo esto duraría un par de segundos; pero en una fracción, ella detectaría la exploración de su cerebro y podría desaparecer. Y si fallaba y destruía algunos de esos libros, aparte de no vacacionar en Guanacaste, tendría que utilizar una buena parte del salario que devengaría en los próximos años, en pagarlos.

Alberto colocó su dedo sobre el disparador del cañón y activó el programa de verificación. La joven levantó la cabeza y miró fijamente a la ventana.

—Estás demasiado sorprendida para correr.

Parecía petrificada. El miedo volvió intenso el color esmeralda de sus ojos.

—Será más fácil de lo que imaginé.

La muchacha trató de incorporarse torpemente, pero resbaló. Alberto no permitiría que lo intentara de nuevo.

Disparó.

*

A bordo del “Crucero de la pampa”, un pequeño pero lujoso aerotransporte, Alberto se sentía feliz. Iba en compañía, por primera vez en su vida, de personas importantes: profesionales, intelectuales, empresarios y algunos políticos. Todos sabían quién era él. Le sonreían. Algunos, incluso, le estrecharon la mano.

—La cosa salió mejor de lo previsto —pensó, mientras miraba, cubiertos de nieve, campos en los que una vez florecieron los pastos, el arroz y el algodón.

Su jefe fue el primero en darle la noticia y felicitarlo. La joven eliminada no era una figura importante, pero estaba encinta. Tenía siete meses de embarazo (los craks eran los únicos que tenían hijos según el viejo sistema natural). Por eso, aunque detectó la exploración de su cerebro, no pudo

escabullirse ágilmente. Los médicos habían logrado salvar al niño. Confiaban en que, al estudiar su cerebro y su código genético, podrían perfeccionar el MCPC. Tenían la esperanza de elevar su capacidad de operación, de tal modo que contrarrestara la resistencia de los craks, por lo menos durante un tiempo.

La policía organizó un ceremonia especial, en la que Alberto fue ascendido a Teniente de tercer grado y condecorado con la Cruz de la Democracia (versión bronce) por el Gobernador del Distrito. Además, su premio se triplicó: se le otorgaron tres semanas de vacaciones en Guanacaste, cada una en un hotel distinto y con una acompañante diferente (excepto que él quisiera lo contrario).

Al aproximarse la nave a la zona climatizada, la nieve fue sustituida por un bosque tropical, que se asomaba discretamente en una mar azul. El sol caía sobre playas blancas. Por un momento, al contemplar el verde encendido de la vegetación, Alberto tuvo la sensación de recordar algo, pero no supo qué.

HAZAÑA PRESIDENCIAL

Jessica despertó sobresaltada. La luz entraba a raudales por el enorme ventanal de la alcoba. Colina abajo, entre un bosque siempre verde y avivado por el canto de los pájaros, se asomaban las tejas de varias decenas de chalets. El mar, de un azul profundo, rompía sin cesar sus olas contra la playa.

—¿Cómo amaneciste?

Silvia, envuelta en una toalla, con sus cortos cabellos todavía húmedos, se detuvo en el umbral de la puerta.

—Bien.

—¿Qué querés para el desayuno?

—Solo café.

—Puedo prepararte unas tostadas deliciosas.

Jessica simuló una sonrisa. Silvia lo entendió como una invitación. Se quitó la toalla, se arrodilló al borde de la cama y empezó a tirar de la sábana de seda.

—Vos sabés cuánto te quiero.

Despaciosamente, se tendió a la par de Jessica y empezó a besarla en la frente, luego en los labios.

—Silvi, ahora no, please.

—Prometo que lo disfrutarás.

La boca de Silvia se deslizó por la garganta, descendió entre los dos senos y empezó a subir hacia el pezón izquierdo;

entretanto, su mano derecha, en caída libre desde el ombligo de Jessica, se abrió paso por el pubis de la joven. La viscosidad que empezó a fluir entre sus dedos la excitó aún más; oyó su propio jadeo y el de la otra y, de pronto, todo el placer fue sustituido por un profundo dolor. Volteó ligeramente la cabeza y vio, en el espejo de cuerpo entero empotrado en la pared, el brillo de un puñal clavado en su espalda. Fue su última mirada.

*

El vicepresidente Figueres-Calderón se paseaba inquieto por la sala de espera; a veces, se acercaba brevemente a las amplias ventanas y dejaba que su vista se perdiera en una nube distante. Sin duda, deseaba estar en otra parte.

—Puede pasar. El señor presidente lo espera

La computadora de servicio abrió la gruesa puerta principal y el vicepresidente, con una cara de profunda preocupación, entró casi sin saludar. El presidente Calderón-Figueres estaba solo y lo miró triste y angustiosamente.

—Sentate. ¿Tenés ya los detalles?

—Acabo de recibir el informe preliminar de la computadora forense. Fue una puñalada en la espalda. Le perforó un pulmón. Su Indicador de Vida activó la alarma a las siete y doce de la mañana. Se detuvo cinco minutos después.

—¿Quién fue?

—Se llama Jessica. Trabajaba en una de las fábricas de textiles que Casafont tiene en la zona franca de Liberia.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Pero, ¿cómo la conoció?

—Me dijo Borrásé que fue durante un viaje a Guanacaste. Silvia casi la atropelló con su 4 x 4. Fue amor a primera vista. Se bajó del auto y la llevó a la clínica Chaclar. Después, falsificó una clave de ingreso y se la trajo a vivir a San

José. La tuvo aquí, en Escazú, casi un mes. Hace unos días se la llevó a su casa de la playa.

—¿Cómo es posible! ¿Y las computadoras de vigilancia?

—Acordate que Silvia era experta en sistemas.

El señor presidente suspiró, casi con furia. El eje de su gestión de gobierno había sido un ambicioso plan llamado “Seguridad y Control”, que tenía entre sus aspectos esenciales la construcción de campos de fuerza alrededor de los barrios de los prósperos y famosos, para evitar que la masa creciente de pobres se acercara a sus exquisitos jardines y a sus bellas mansiones.

—¡Esto nos puede costar la reelección!

—Más que eso.

—¿Qué querés decir?

—El Consejo de Propietarios está en sesión permanente.

El grupo de Desanti exige que renunciemos...

—¡Malditos!

—Tus ministros están allá. Garnier me pidió que dimitiera y que te aconsejara a vos lo mismo.

—¡Ese hipócrita! ¡Fue el primero que me llamó para darme el pésame!

—Deberías entenderlos. Todos nos cobran que Silvia fuera tu ex-esposa.

La frase del vicepresidente molestó al señor presidente, pero este último prefirió no manifestar su enojo y callar. No le gustaba discutir con su primo, quien siempre se opuso a su matrimonio con Silvia. Todo el capital político que les había deparado el éxito del proyecto de campos de fuerza parecía caerse a pedazos por un asunto de cama.

—¿Qué me aconsejás?

—La única opción que tenemos, aparte de dimitir, es que Jessica sea capturada y liquidada en un plazo perentorio. Después, podrás dar un discurso sobre la eficacia policial y,

lo que es más importante, acerca del peligro que supone tratar íntimamente con desconocidos.

El presidente lo miró extrañado.

—Mirá, el principal defecto del programa de campos de fuerza es que le quita a los ricos una de sus principales diversiones: los pobres. ¿De qué vale todo lo que tenemos si no podemos exhibirlo ante los miserables? Al ser iguales en la riqueza y el poder, el plan de “Seguridad y Control” nos dejó sin quien nos envidie, sin a quien comprar, sobornar o corromper.

El señor presidente miró a su primo con fastidio y se levantó y se sirvió un vodka.

—¿Querés uno?

—Doble, por favor. Hay algo más que debés saber.

Tras un tenso silencio, el vicepresidente agregó:

—Silvia falsificó otras claves de ingreso.

—¡Qué!

—Como lo oís. Poco después que se supo la muerte de Silvia, Gálvez me llamó para decirme que tenía a un joven vendedor de lotería en su apartamento de Los Yoses. De inmediato, ordené que lo detuvieran, destruí su clave y lo expulsé.

—¿Cuántos casos más hay?

—Volio afirma que Silvia falsificó unas diez claves en total. Ya identifiqué a cinco intrusos más, en cuenta a la que vivía con uno de nuestros ministros.

—¡Dios! ¿Con quién?

—Guier. Tenía a una niña de doce años en su chalet de San Luis de Santo Domingo. No preguntés. Ya ordené que la expulsaran.

—!Pero qué les ocurre! ¿Se volvieron locos?

—Están aburridos. De acuerdo con Castillo, todo se inició en una pequeña fiesta que Arias dio a fines del mes pasado.

Allí Silvia disertó sobre los placeres de la riqueza, el principal de los cuales –en su docta opinión– era disponer a voluntad de otra persona. Para demostrar lo que decía, los invitó una semana después a su casa y, delante de todos, obligó a Jessica a desnudarse y a satisfacer una a una las fantasías de sus invitados.

–Eso parece típico de Silvia.

–Sí, pero no solo de ella. Hay otros, fastidiados por la perfección de los criados robots, que desean ejercer su poder sobre carne y no sobre plástico. Según Daniela, Silvia decía que la única razón por la que tenía a Jessica era para complacerla y divertirla; de lo contrario (o cuando se aburría), la devolvería a la cloaca. Las personas de nuestra posición, de acuerdo con el evangelio silvianiano, necesitan a los pobres no solo como mano de obra para fábricas y fincas, sino también como insumos para fiestas.

–Espero que esto sea todo.

–Casi.

–Decilo de una vez.

–Jessica todavía está en la casa de playa de Silvia.

–¡Fantástico! ¿Por qué no la han detenido?

–¿No lo recordás?

–¿Qué?

–Cuando se inició el programa de campos de fuerza, Silvia todavía era tu esposa. La primera aplicación del sistema se efectuó en esa casa de playa.

–¿Y?

–El sistema jamás se desmanteló. Después del divorcio, Silvia lo mantuvo y lo perfeccionó. Es la única casa protegida por un campo de fuerzas especial. Es inexpugnable.

–Entonces, el cadáver de Silvia...

–Sí, todavía está en la casa. De acuerdo con su Indicador, el cuerpo no ha sido movido. Aún está sobre la cama.

El vicepresidente terminó de tomar su vodka.

—Jessica puede quedarse en la casa sin problemas hasta que se le agoten las reservas de agua y de comida. Conociendo a tu ex, sospecho que debe haber provisiones por lo menos para un mes.

—¡Dios! No podemos esperar tanto.

—Lo sé. Pero creo que tengo la solución.

El señor presidente miró con absoluta desconfianza a su primo y vicepresidente.

—¿Qué querés decir?

—El ingreso a un área protegida por un campo de fuerza se basa en la identificación genética. El sistema, mediante una prospección lumínica, obtiene los datos del individuo y los compara con las claves disponibles.

—No me des lecciones de lo que ya sé.

—En los residenciales protegidos por campos de fuerza, cada persona tiene su clave genética y puede solicitar permiso para que ingresen otras personas que no viven allí (una decisión que dependerá del consejo de vecinos). El sistema, sin embargo, es ahora lo bastante versátil para facilitar el acceso de policías, bomberos y paramédicos, en caso de una emergencia.

El Presidente lo miró con fastidio.

—La diferencia con la casa de playa de tu ex consiste en que Silvia alteró completamente el sistema. Para empezar, eliminó los códigos de emergencia...

—Eso significa que la policía no puede ingresar.

—Exacto. Además, amplió la cobertura del campo.

—No entiendo.

—Durante los experimentos iniciales, el campo protegía solo la casa de playa. Tu ex extendió la protección a todo el terreno.

El vicepresidente se levantó para servirse otro vodka. Sorbió despacio y, de espaldas a su superior, agregó con una voz excesivamente tranquila:

–Y solo hay dos personas permanentemente autorizadas para entrar a la propiedad. Silvia y vos.

Al volverse, con el vaso en la mano, se topó con la mirada inquisitiva y desesperada del señor presidente.

–Cuando alteró el sistema, Silvia no te excluyó. Quizá todavía esperaba que regresaras con ella. En todo caso, lo importante es que la única persona que puede atravesar el campo de fuerza y liquidar a Jessica sos vos.

–¿Te volviste loco?

–No, mipri. Después de valorar todas las posibilidades, es la única alternativa.

–¿Y si entro y desconecto el campo de fuerza para que después la policía se encargue de la muchacha?

–Corrés el riesgo de que la asesina de tu ex te mate en el intento. De la entrada del terreno a la casa hay más de trescientos metros. Una vez adentro, aunque desconectés el campo, pasarías de diez a quince segundos a solas con Jessica, que es el tiempo mínimo que tardaría la policía en llegar. La muchacha ya sabe que no tiene escape. Morirá de cualquier forma. Además, si la liquidás personalmente eso tendrá un gran valor simbólico. El máximo representante de la ley imponiendo la ley y el orden.

El vicepresidente no pudo ocultar una sonrisa.

–Disculpá, mipri. Sé que esto es grave, pero no deja de ser irónico.

–¿Y si cortamos la energía?

–De nada serviría. La fuente auxiliar que hay en la casa puede mantener en operación el campo de fuerza por casi seis meses.

Los dos callaron por un momento.

–La única opción es esa.

–¿Y cómo puedo estar seguro de que no me matará cuando trate de liquidarla?

—No te puedo dar un cien por ciento de garantía. Pero te protegeremos. Hasta donde sé, Silvia no tenía armas de ningún tipo en la casa. Jessica de lo único que podría disponer es de un puñal. No te preocupés. Todo saldrá bien.

Los ojos del señor presidente estaban llenos de dudas.

*

Vestido con un traje de fatiga, un casco de titanio sobre su cabeza y protegido con un chaleco especial, cruzó sin problema el umbral del campo de fuerzas. Caminó lo más velozmente que pudo y se detuvo cien metros antes de la casa. Las estrellas brillaban en el cielo.

—Ya estoy en el punto convenido.

La voz del vicepresidente era firme y tranquila:

—El coronel está listo con su equipo. El detector de signos vitales indica que Jessica está en la cocina.

¡Lo que faltaba! La muchacha estaba en el mismo lugar en que se encontraba el control del campo de fuerza. El señor presidente escupió, se mordió el labio inferior y con su mano derecha apretó el fusil láser AK89.

—Avanzo.

Caminó entre los jardines. Subió las gradas de la casa. Abrió la puerta. Todo estaba oscuro y silencioso. De pronto, un sonido extraño lo alteró. Presa del pánico, disparó a todas partes.

—¡Qué ocurre!

—Nada. Me asusté.

—Tené calma. Jessica sigue en la cocina. Encendé todas las luces por favor.

La computadora cumplió la orden que le dio el señor presidente. Lo primero que pensó, al ver iluminada la casa, fue que Silvia no había variado mucho la decoración después del divorcio. Excepto por los destrozos causados por el láser, todo parecía estar en el mismo sitio.

–Voy a la cocina.

Sigilosamente, caminó de espaldas contra la pared. De una patada, abrió la puerta de la cocina. Jessica estaba acurrucada debajo del desayunoador. Saltó torpemente, se colocó junto a ella y la golpeó en la cabeza con la culata del láser. La muchacha trató de levantarse, pero una patada en el estómago, se lo impidió. Cayó boca abajo.

–¡La tengo! ¡La tengo!

–¡Calma! ¡Calma! ¡Don't panic! No podemos entrar hasta que desconectés el campo. ¿Está viva?

–Sí.

–¡Matala!

Le apuntó a la cabeza. Jessica, en el suelo, se contorsionaba por el dolor.

–Parece que le quebré un brazo.

–¡Disparale!

–¡No puedo!

–¡Maldición, mipri, disparale!

–¡No puedo! Me está mirando.

El vicepresidente contuvo una maldición.

–Pronto. No dejés que se levante. Golpeala otra vez y desconectá el campo de fuerzas.

El señor presidente le dio otro culatazo en la cabeza.

–Parece que perdió el sentido...

–¡Por Dios! ¡Desconectá el campo de fuerzas de una vez!

–¡Ya está!

Salió de la cocina apresuradamente, anunciado por el escándalo de las sirenas y de los autos que se aproximaban a toda velocidad. Pensó en subir al que fuera su dormitorio, pero desistió. Prefería evitarse esa última imagen de su ex. El equipo especial de la policía ya estaba en la puerta.

–¿Está bien, señor presidente?

–Sí. Gracias coronel.

El vicepresidente lo abrazó. Tan aliviado se sentía que no lo distrajo el breve resplandor de un disparo láser que brilló en la cocina.

—Ya todo terminó.

Los paramédicos y varios oficiales, en silencio, subieron a la alcoba principal y bajaron el cadáver de Silvia en una bolsa de plástico. Después, en otra bolsa similar, pero de distinto color, introdujeron el cuerpo de Jessica. Entretanto, el “presi” y el “vice”, como les decían sus amigos, salieron de la casa y caminaron por los jardines.

—La Cámara de Propietarios ya está enterada de tu hazaña. Parece que te van a felicitar. Han aprobado un decreto para castigar a los que transgredan los campos de fuerza e introduzcan extraños. Ya destruimos las claves que faltaban. También hay un proyecto que presentó Guier para que se autorice el ingreso de lo que ha llamado personas para diversión privada bajo estrictas medidas de seguridad.

—¿Crees que lo aprueben?

—Sin duda. Están fascinados con la historia de la terraza en la casa de Silvia. Todos quieren tener una Jessica, pero eso sí, una que no los mate.

El señor presidente aspiró profundamente el aire tibio de la noche.

—¿Vamos por un vodka?

El vicepresidente sonrió.

—Of course. Esto hay que celebrarlo. Digo, el triunfo de la justicia pronta y cumplida, porque mañana tendremos que ir de entierro. ¿Cuánto es el luto oficial por una ex?

LOS PEREGRINOS DEL MAR

El viejo volvió a ver a su nieto, le dio una última chupada al cigarrillo y levantó la vista a un cielo tan colmado de aviones y naves espaciales que, solo por excepción, se veía el titilar de alguna estrella. Estaban en la azotea de un edificio de treinta pisos, parte de los nuevos residenciales populares de los barrios del sur de San José.

—Cuando tenía tu edad, mi abuelo Jeremías me llevó a conocer el mar. En esa época, el sistema de transporte público ya había colapsado, así que tuvimos que irnos a pie, de San José a Playas del Coco, que era la única playa que, entonces, no era privada. Tardamos como siete días en llegar. No llevábamos más equipaje que nuestros abrigo y dormíamos en el estrecho espacio que separa el espaldón de la carretera de las cercas electrificadas. La primera noche nos costó dormirnos por el ruido y las luces de los autojets, que pasaban a apenas dos metros y medio de nosotros, pero luego ya nos acostumbramos. Así fue también con la comida, comprábamos aquí y allá pan y queso sintéticos y agua reciclada de segunda para el desayuno, almuerzo y cena.

Al abuelo se le ocurrió la idea de llevarme un día que me vio jugando con un barquito de papel, en un charco, después de un aguacero torrencial. Mientras yo me esforzaba por crear olas con mi mano para poner a prueba mi embar-

cación, él me contó cómo, cuando era niño, sus papás, dos profesores de colegio, todos los años lo llevaban de vacaciones a alguna de las playas de Guanacaste. Eso fue hace más de cien años, allá por 1970, y en esa época la vida aquí era muy distinta de lo que es hoy.

Mamá no sabía que el abuelo ya había decidido llevarme a conocer el mar, y Jeremías, aunque me advirtió que no se lo dijera a nadie, todavía no terminaba de solucionar el problema de cómo haría para cubrir los gastos del trayecto. Luego, cuando fui mayor, supe lo que hizo: vendió su colección de postales autografiadas de los jugadores de la Liga que ganaron la Copa Intercontinental, y con ese dinero nos fuimos. Antes de partir, por supuesto, hubo la infaltable discusión familiar por los peligros a que nos expondríamos, pero nada nos detuvo.

Salimos de mañana, un miércoles, con la esperanza de llegar a Liberia el domingo y a Playas del Coco el lunes o martes, cuando había menos gente. El abuelo dividió el dinero en tres partes, dos iban en sus medias y una en su billetera, por si caso nos asaltaban. Sin embargo, tuvimos la enorme suerte de que eso no pasara; y de veras, ya el sábado en la noche dormimos en las afueras de Cañas.

En el camino, nos topamos con varios cientos de peregrinos del mar, que iban en nuestra misma dirección o que ya venían de vuelta, gentes de todas partes, de Cartago, de Pérez Zeledón, de los Santos, de San Ramón, de Siquirres, de Tilarán. Aunque el abuelo no les prestaba mucha atención, yo oía a los que regresaban cuando se ponían a hablar. Desde el otro lado de la carretera, sus palabras llegaban a mí como un susurro de olas; mi imaginación, entonces, echaba a volar entre inmensidades azules; casi podía sentir mis pies hundidos en la arena, un sabor a sal en mis labios y oía ya los gritos de las gaviotas.

El martes por la tarde, completamente hediondos, pero muy ilusionados, llegamos a la intersección que conduce a Playas del Coco, y unos cientos de metros más allá, ya comenzaba la fila, en la cual duramos día y medio. El abuelo y yo nos turnábamos para no perder el campo, cada vez que teníamos que ir a comprar provisiones o a satisfacer una necesidad. El miércoles en la mañana, ya empezamos a oír el mar, y a las tres en punto de la tarde, estábamos a la cabeza del grupo de 250 personas que tendría derecho a veinte minutos de playa.

Jeremías me dijo con el tono grave de un general que se prepara para una difícil batalla: “ponéte listo, apenas abran esta mierda, echamos a correr porque si no, nos pasan por encima”. Y así lo hicimos. No acababan de abrir las puertas, cuando el abuelo y yo bajábamos, a toda velocidad, casi una treintena de gradas; corrimos por un pasadizo muy poco iluminado, de aproximadamente cien metros de largo, subimos otros escalones y, de pronto, nos recibieron, de golpe, el sol, el viento y, rebosante de azules, olas y olores, el mar.

Quedé tan impactado, al verlo, que casi me detengo, pero el abuelo, sin decirme nada y sin pensarlo dos veces, me tomó entre sus brazos, me alzó, y corrió conmigo, como un desesperado, en dirección a una promesa de ola que, al principio parecía muy pequeña, pero luego resultó ser de más de dos metros. Aferrado a su cuello, yo gritaba que se detuviera, pero él no lo hizo. Por supuesto, ambos terminamos en la playa, revolcados, tosiendo, y con la garganta y la nariz irritadas por el agua salada. Yo estaba tan asustado que me hubiera puesto a llorar, de no ser porque Jeremías empezó a reírse como un loco.

Después de ese bautizo, chapoteamos un rato más, hasta que oímos por un altavoz que apenas nos quedaban seis minutos. Empezamos, entonces, a despedirnos del mar, y

caminamos muy lentamente por la arena, ya en dirección a la salida. Yo saqué una bolsa y empecé a juntar conchas y piedras; Jeremías, en cambio, miraba a lo lejos, muy serio. Pensé que trataba de seguir el vuelo de las gaviotas, pero luego me percaté de que observaba las verdes colinas distantes, pobladas de hoteles y residenciales privados.

Cuando el altavoz anunció que quedaba un minuto, Jeremías y yo ya estábamos otra vez en el túnel, quitándonos con una manguera el agua salada de nuestros cuerpos y ropas. Salimos y nos sentamos a la orilla de la carretera, y en unos arbustos, colgamos las medias, las camisas, los abrigos y las tenis para que se secaran. Y usamos las conchas y piedras que yo había recogido para evitar que el viento volara los billetes que nos quedaban, una vez que también los pusimos a secar al sol.

Jeremías, que había estado muy serio y callado, me dijo entonces que parecíamos dos iguanas coloradas, yo me reí y a él se le volvió a atravesar una enorme sonrisa en la boca. Sabíamos que nos esperaba un largo camino de vuelta, pero estábamos felices. Habíamos tenido juntos nuestros veinte minutos de mar y playa, y nadie podría quitárnoslos ya. Ojalá ahora yo pudiera compartir algo así con vos.

LA MIEL DE LOS MUDOS

Seamos claros: les concedo que ustedes tienen razón para creer que estoy absolutamente loco, primero porque los guardias me han puesto una camisa de fuerza, y segundo porque estoy encerrado en una celda de cristal líquido, de máxima seguridad, en el Asilo Chapui 3. Pero si lo piensan bien y revisan con paciencia mi expediente, verán que mi condición actual es puramente circunstancial. Personas tan capaces como ustedes, no deben dejarse llevar por las apariencias. Confío, pues, en que verán mi caso con lucidez, comprensión y justicia, y ordenarán mi libertad inmediata. Si ustedes la conocieran...

*

“El suscrito, Fiscal del Tiempo para el área de Centroamérica, división Costa Rica, certifica que al ser las dos en punto de la tarde del día 12 de abril del año 2175, se presentó a mi oficina, ubicada en la ciudad de San José, el doctor Francisco Peralta, divorciado, mayor de edad, vecino de San Pedro de Montes de Oca y Decano de la Facultad de Economía Histórica de la Universidad Experimental de Costa Rica, e impuesto de las penas de perjurio en materia civil y juramentado en forma que dicta la ley, declaró:

1. Conozco a Federico Zeledón desde hace diez años, cuando él ingresó a la carrera de Economía Histórica, en la

que destacó por su seriedad, iniciativa, responsabilidad, madurez emocional y un talento excepcional, cualidades que facilitaron su incorporación al quehacer laboral de la Facultad, primero como asistente de investigación y luego como profesor, tareas que desempeñó muy satisfactoriamente.

2. El profesor Zeledón se graduó con una excelente tesis de doctorado sobre la gestión financiera de las fincas campesinas costarricenses del período 1890-1934, cuyas conclusiones fueron básicas para la puesta en práctica del exitoso programa de apoyo a los pequeños y medianos productores, impulsado por la presente administración.

3. El aporte fundamental del doctor Zeledón fue debidamente reconocido por la comunidad académica nacional e internacional, que le otorgó los premios “Ricardo Fernández Guardia”, “Rodrigo Facio” y “A. V. Chayanov” a la versión inglesa de su tesis, publicada por la prestigiosa casa editorial Coney Island University Press.

4. El Decano, el Consejo Asesor de la Facultad de Economía Histórica y las autoridades de la Universidad Experimental de Costa Rica desconocen las razones o circunstancias que condujeron al doctor Zeledón a comportarse como lo hizo, lamentan profundamente lo ocurrido y se comprometen a tomar las medidas del caso para que algo así no vuelva a suceder. Nada más tengo que añadir.

Al ser las dos con veinte minutos de la tarde, una vez que le fue leída su declaración, el testigo la aprobó y la firmó, por lo que se dio por terminado este acto.

Julio Esquivel Astúa, Fiscal.”

*

La primera vez que la vio fue una tarde típicamente veraniega: el miércoles 14 de febrero de 1934. ¡Cómo olvidar esa fecha! Acababan de celebrarse los comicios diputadiles de medio período y los comunistas estaban felices por

sus triunfos. Federico había terminado de recolectar la información necesaria para el último capítulo de su tesis doctoral. Si todo salía como esperaba, volvería a casa el jueves 15 a las 6 de la mañana. Sentía un poco de nostalgia y no sabía por qué: después de todo, su primer viaje al pasado había sido apenas seis meses atrás.

Puesto que el propósito básico de su tesis era analizar cómo los pequeños y medianos productores agrícolas habían administrado sus finanzas domésticas en un período suficientemente amplio, Federico diseñó una estrategia de investigación que suponía seleccionar a 30 familias rurales: diez del área de Escazú y Santa Ana, diez de los alrededores de Cartago y diez asentadas entre Grecia y San Ramón. Para someterlas a observación directa, haría tres inserciones en el pasado: una en 1890, otra en 1914 y otra en 1934. De esta forma, con intervalos de unos veinte años, creía que podría detectar más fácilmente los cambios en la gestión del patrimonio y asociarlos con el traspaso de la propiedad de padres a hijos y a nietos.

Cada inserción duraría el máximo que permite la Ley de Exploración Temporal, es decir, 25 días y, entre cada viaje, le quedaría un intervalo de poco más de un mes. Para Federico era muy importante contar con ese margen por dos razones: primero, porque toda la información que obtuviera debía escribirla a mano, ya que estaba completamente prohibido introducir en el pasado tecnología que no fuera de la época correspondiente. Por tanto, después de cada retorno, él podía revisar, ordenar y procesar sus apuntes antes de volver, y así aprovechar más la próxima visita.

Y en segundo lugar, el intervalo le permitía prepararse más eficazmente para la siguiente inserción, no solo al estudiar con cuidado las condiciones específicas de Costa Rica durante los días que durase su visita, sino para acostumbrarse

al maquillaje digital. La Ley de Exploración Temporal establecía, en efecto, que la persona que practicara investigaciones sucesivas con los mismos sujetos por un período mayor de tres años, debería envejecer de acuerdo con lo que era corriente en la época escogida.

Dado que Federico tenía 23 años cuando hizo su inserción en 1890, en 1914 debía aparentar tener 47 años, y en 1934, 67 años. Con el maquillaje digital era muy fácil lograr la transformación necesaria, lo que era más difícil era que el investigador se acostumbrase psicológica y físicamente a desplazarse, comportarse y expresarse como una persona mayor. Cuando Federico se vio convertido en un anciano, antes de su último viaje, se rió de sí mismo con sus amigos y colegas; no sabía entonces que, en poco tiempo, eso ya no sería tan divertido.

*

“El suscrito, Fiscal del Tiempo para el área de Centroamérica, división Costa Rica, certifica que al ser las tres en punto de la tarde del día 12 de abril del año 2175, se presentó a mi oficina, ubicada en la ciudad de San José, la doctora Elizabeth Flores, casada en terceras nupcias, mayor de edad, vecina de San Antonio de Escazú y Directora de la Unidad de Inserciones Temporales del Instituto de Ciencia y Tecnología de Costa Rica, e impuesta de las penas de perjurio en materia civil y juramentada en forma que dicta la ley, declaró:

1. El doctor Federico Zeledón se presentó al Instituto el 27 de julio del año 2173 con una autorización en regla para iniciar el curso de entrenamiento intensivo para inserciones en el pasado. Según el informe del profesor que le fue asignado, doctor Fausto López, fue un brillante alumno y superó con éxito todos los exámenes físicos, psicológicos, históricos y antropológicos.

2. Previo a su primera inserción, al doctor Zeledón se le asignó la identidad de Gabriel Márquez, un periodista colombiano enviado a Costa Rica para elaborar un reportaje sobre la vida de los campesinos. Con tal fin, se le proveyó de la documentación y la indumentaria necesarias, las cuales fueron actualizadas antes de las visitas siguientes.

3. Después de cada inserción, el doctor Zeledón fue sometido a nuevas pruebas, todas las cuales las pasó muy por encima del promedio.

4. El 15 de diciembre del año 2174 el doctor Zeledón solicitó a la Junta Directiva del Instituto que presido autorización para trasladarse, otra vez, a 1934, con el fin de recolectar datos preliminares para preparar una nueva investigación sobre la gestión campesina de apiarios domésticos y sus estrategias de productividad.

5. Pese a que la Ley de Exploración Temporal prohíbe que una persona que cumplió un ciclo diacrónico de investigación vuelva al mismo período en el que ya estuvo, la Junta del Instituto, basada en los logros académicos del doctor Zeledón, sus impecables antecedentes como viajero en el tiempo y el ‘Agregado de Excepciones’ a dicha Ley aprobado en agosto del 2174 por el Parlamento, acordó extender la autorización solicitada.

6. La Junta consideró que la propuesta de investigación del doctor Zeledón era de particular importancia, dada la crisis actual en la producción mundial de miel de abeja, provocada por las demandas crecientes de las colonias espaciales. El consumo sistemático de este producto es esencial para que esas poblaciones puedan compensar los efectos a largo plazo de la gravedad artificial.

7. El ocho de abril del año en curso, a las nueve de la mañana, el doctor Zeledón fue retornado al domingo 18 de febrero de 1934 para una estadía de veinte días. La identidad

que se le proporcionó en esta ocasión fue la de Pablo Allende, un joven economista chileno, recién graduado en París y sin familia, provisto de varias cartas de recomendación que lo acreditaban como especialista en la producción científica de miel de abeja en países tropicales.

8. Ese mismo día, a la una de la tarde, la alarma del Instituto se activó, al desaparecer del radar la señal del localizador del doctor Zeledón. Procedí, entonces, a llamar al comisionado Elías Viquez, Director de Seguridad Temporal, quien se hizo cargo de la situación. Nada más tengo que añadir.

Al ser las tres con cuarenta minutos de la tarde, una vez que le fue leída su declaración, la testigo la aprobó y la firmó, por lo que se dio por terminado este acto.

Julio Esquivel Astúa, Fiscal.”

*

¿Cómo podría explicarles? Fue tan casual todo. Ese miércoles catorce de febrero de 1934 me levanté tarde. Vivía tres cuadras al sur de la Catedral de San José, en la pensión “Doña Esmeralda”. Allí tenía un bonito cuarto, con baño, una cama confortable, un escritorio que era una belleza, y una ventana que daba al oeste y amanecía azul cada mañana. Después de almorzar, elogiar la cuchara de la dueña de la casa (una viuda que parecía interesada en mí) y leer tranquilamente *La Prensa Libre*, me emperifollé para asistir a la conferencia sobre economía agrícola que el ingeniero van der Laet iba a impartir en la sede de la Asociación Nacional de Pequeños Productores, ubicada diagonal al Hospital San Juan de Dios.

Al salir, aproximadamente a las tres de la tarde, el clima era deliciosamente fresco; soplaban un vientecillo tan acogedor que pensé en irme a pie, ya que era una caminata de menos de un kilómetro; pero me acordé, de inmediato, que

debía proceder como el anciano de casi setenta años que aparentaba, y no el veintiañero que era. Por eso fue que, al llegar a la Avenida Central, opté por esperar al tranvía y me subí al vagón con todo el peso y la dignidad de mi edad digital. Me senté despacio, acomodé el bastón delante de mis piernas, y entonces levanté la mirada y la vi. ¡Era, simplemente, preciosa!

Los otros hombres, que iban en el tranvía, también la miraban, pero con más disimulo que yo, que no podía quitarle los ojos de encima. Tan absorto estaba que ni siquiera me acordé de bajarme en la parada del Hospital. El tranvía siguió su curso, a lo largo del Paseo Colón y luego dobló para bajar hacia La Sabana. Ella ya se había percatado del interés que despertaba en mí y, de pronto, me miró directamente, con una expresión de disgusto y desafío. “Maldita sea, pensé, debe creer que soy un pervertido”.

Discretamente, volví a ver hacia otro lado, y cuando ella se bajó, una parada antes de la última, mi corazón empezó a latir con una intensidad que yo desconocía. “¿Qué hago? ¿La sigo?” Casi iba a arrancar de nuevo el tranvía, cuando descendí con una agilidad que dejó boquiabiertos a los que me vieron. Por fortuna, ella no se dio cuenta. Iba ya como a treinta metros de distancia, de prisa, por una calle lateral, solitaria, que se abría paso entre una frondosa arboleda de cenízaros y laureles.

Con el mayor cuidado posible, la seguí; al principio, pensé que iba para una casa cuyo techo se veía detrás de un muro de piedra, pero no fue así, y al pasar enfrente, constaté que no estaba habitada. Continué mi persecución y, al doblar un recodo, vi que se dirigía hacia el portón de lo que parecía ser una finca campesina. Me acerqué tanto como pude y observé cómo ella llamaba a alguien con la mano; luego, cerró el puño de su mano derecha y levantó el dedo índice;

algo deben haberle contestado, porque ella asintió con la cabeza. Finalmente, volvió a cerrar el puño, a levantar el índice, pero ahora abrió toda su mano y extendió sus cinco dedos, y volvió a asentir.

Pese a lo intrigado que estaba por lo que todo eso podía significar, me mantuve en completo silencio. Alguien se acercó y le dio algo, ya que inmediatamente después, ella se llevó la mano a la bolsa de su blusa, de donde me pareció que extrajo un billete. Apenas pude ver fugazmente la mano de quien lo recibió, y por su tamaño, supuse que era de un niño o una niña; un segundo más tarde, oí unos pasos menu-dos que se alejaban presurosamente.

Ella también emprendió el camino de regreso. Parecía que comía algo y traía una botella en su mano izquierda. El viento jugaba con su vestido, al tiempo que los rayos de sol que se colaban entre las ramas producían chispas al tocar su pelo. No pude resistir más. Salí de improviso y le dije: “Señorita, disculpe...” Se detuvo en seco, aterrada, dejó caer la botella, la cual estalló al golpear contra una piedra y su contenido, un líquido dorado y pegajoso, le salpicó los zapatos y parte de los tobillos. Casi simultáneamente, botó lo que tenía en la mano derecha, que resultó ser un trozo de panal, y echó a correr sin decir una palabra. No supe qué hacer. Creo que le grité: “Espere, no se vaya”, pero tal vez fue únicamente mi imaginación. Me incliné torpemente sobre los vidrios rotos, solo para constatar su naufragio en un charco de miel de abeja.

Por un momento, que me pareció un siglo, vacilé entre perseguirla o volver rápidamente a mi pensión, dado el peligro de que ella o su familia denunciara lo ocurrido, y la policía viniera a buscarme. Pero antes, decidí tratar de saber quién era. Me dirigí hacia el portón de la finca y quedé fascinado con lo que vi. Como a cincuenta metros, se levantaba

una casa modesta, de madera, rodeada por enormes plantíos de amapolas, y allá, al fondo, se vislumbraban decenas de apiarios. Un niño que estaba en el corredor de la casa se percató de mi presencia, y entonces yo levanté el índice de mi mano derecha, y luego extendí mis cinco dedos.

Unos minutos después, tenía entre mis manos un trozo de panal. “¿Cuánto es?” El niño levantó su mano derecha y extendió sus cinco dedos. Le di cinco céntimos y le pregunté: “¿sabés cómo se llama la muchacha que estuvo antes?” Me miró muy extrañado y, sin contestarme, dio media vuelta y corrió hacia la casa. Se detuvo en el umbral de la puerta y con la mano me indicó que me fuera. No lo hice y más bien le grité “Vení, por favor”. En vez de acercarse, entró a la vivienda y, treinta segundos después, varias personas, con cara de pocos amigos, salieron al corredor, me observaron brevemente y empezaron a hacerme señas bastante hostiles. Dudé en irme, pero entonces comprendí que era lo mejor.

Caminé rápidamente de vuelta hasta salir a la calle principal, y ya allí, traté de adoptar la pose de un anciano venerable; cuando llegó el tranvía, subí y regresé a la pensión. Aproveché la cena para preguntarle a doña Esmeralda dónde vendían miel de abeja en San José. “Puede ir al mercado, don Gabriel, pero fíjese que no le vendan miel con azúcar. Si usted quiere miel pura, lo mejor es que vaya a una finca, allá por La Sabana, donde los Indaleces. Tienen la finca después de la casa de campo de los Cardona. Eso sí, le advierto que es una familia de mudos, son muy raros y poco amables. Hay que tener paciencia para tratar con ellos. Nadie sabe de dónde vinieron. Como quien dice, un día aparecieron allí, los mudos y los panales...”

Las palabras posteriores de doña Esmeralda, sin embargo, ya no lograron alcanzar mi pensamiento, absorbo como estaba en la recuperación, hasta el mínimo detalle, de la

joven pasajera del tranvía. Esa noche no pude dormir, acosado por la ironía de que los únicos que podían decirme quién era ella y tal vez cómo localizarla, eran mudos, y además, y por si fuera poco, no parecía que yo les hubiera caído particularmente bien. Mientras reflexionaba sobre esto, veía aún el brillo del sol en su pelo y sentía cómo el cuarto se llenaba del rojo encendido de las amapolas. Perdida la razón, me olvidaba de cuán terminantemente la Ley de Exploración Temporal prohibía establecer cualquier relación afectiva con los sujetos del pasado (“recuerden, decía el doctor Fausto López, que ya todos están muertos”), y empezaba a pensar en una justificación que me permitiera regresar a buscarla y, esta vez, no se me escaparía.

*

“El suscrito, Fiscal del Tiempo para el área de Centroamérica, división Costa Rica, certifica que al ser las cuatro y veinte minutos de la tarde del día 12 de abril del año 2175, se presentó a mi oficina, ubicada en la ciudad de San José, el comisionado Elías Víquez, divorciado, mayor de edad, vecino de Tibás y Director de Seguridad Temporal del Instituto de Ciencia y Tecnología de Costa Rica, e impuesto de las penas de perjurio en materia civil y juramentado en forma que dicta la ley, declaró:

1. El ocho de abril del año en curso, a la una de la tarde, la doctora Elizabeth Flores me comunicó que la alarma del Instituto acababa de activarse, al desaparecer del radar la señal del doctor Zeledón. Me apersoné de inmediato y, tras un cuidadoso examen de los últimos datos enviados, concluí que el localizador había sido extraído del pulgar izquierdo del portador y casi instantáneamente destruido.

2. Puesto que no es verosímil que un evento como el descrito ocurriera por accidente, o que alguien de esa época tuviera el conocimiento necesario para detectar el localizador

y anularlo en la forma indicada, deduje que lo sucedido obedecía a un acto deliberado del doctor Zeledón.

3. Convoqué, esa misma tarde, al Equipo de Acción Inmediata contra Fugitivos Temporales y, después de analizar el caso con detalle, programé para las siete de la noche una inserción de emergencia, que me transportaría a mí y a otros cuatro agentes lo más cerca posible del último lugar en que estuvo Zeledón, cinco minutos después de que él desactivara el localizador.

4. Aclaro que procedí en todo momento según lo establecido por la ley, la cual dispone que, por razones de seguridad, una vez que un localizador es anulado, se debe dejar un margen mínimo de cinco minutos entre la desaparición de la señal en el radar y una nueva inserción temporal; si bien un tiempo de espera inferior sería policialmente más efectivo, se corre el riesgo de que se produzca una corrupción en la transferencia del personal al pasado, debido a la Paradoja de Wells.

5. Fuimos transportados a un lote baldío, a dos cuadras de la parroquia de la Soledad, ya que esta iglesia fue el último lugar registrado por el localizador de Zeledón. Los agentes Sandoval y Calderón revisaron el templo con un Detector de Anacronismos Tecnológicos y, en una de las bancas de atrás, encontraron pequeñas gotas de sangre y lo que quedaba del microchip. A partir de ese momento, puse en práctica un plan sistemático de vigilancia y control del centro de la ciudad.

6. El lunes 19 de febrero de 1934, a las tres de la tarde, el agente González me informó que acababa de detectar a Zeledón, en la Avenida Central, al bajar del tranvía. Le ordené que se limitara a seguirlo, en tanto yo y los demás llegábamos para apoyarlo. Veinte minutos después, el equipo estaba preparado para la captura.

7. Zeledón, según el informe que, entretanto, me transmitía González, parecía errático. Se detuvo frente al bazar Botón de Oro, y miró ansiosamente y como por diez minutos el escaparate; luego, caminó una cuadra, se detuvo de espaldas a la ventana de la librería La Lectura Barata, y abrió un ejemplar del *Diario de Costa Rica* y se puso a leerlo con sumo nerviosismo. Allí estaba todavía cuando el equipo se reunió, por lo que di instrucciones a los agentes para que se distribuyeran a lo largo de las próximas dos cuerdas. Debíamos evitar que nos descubriera y aprovechar un momento en que se dirigiera a un lugar solitario para caer sobre él y traerlo de regreso.

8. Luego de cinco minutos, Zeledón dobló el periódico, se lo colocó bajo el brazo izquierdo, y se encaminó a barrio Amón. Fui detrás de él, y observé que se detuvo al frente de una amplia casa rodeada de jardines. Parecía que titubeaba entre avanzar o retroceder. Era el momento preciso para capturarlo. Sin embargo, en el mismo instante en que di la orden, Zeledón cruzó la calle, se aproximó a la mansión y llamó a la puerta. El agente González, que era el encargado de tomar por sorpresa a Zeledón, vaciló brevemente, pero fue un lapso suficiente para que Zeledón se diera cuenta de lo que ocurría. Sin que pudiéramos evitarlo, desenfundó una pistola y mató a González e hirió a Sandoval. Antes de que disparara de nuevo, le apliqué una descarga paralizante y, un segundo después, el fugitivo, el occiso y resto del equipo fuimos trasladados al presente, es decir, al nueve de abril del año en curso.

9. Pese a los disparos, gracias a la rapidez y eficacia con que se verificó todo lo anterior, puedo asegurar que no hubo testigos, y que el retorno ocurrió antes de que fuera abierta la puerta de la casa a la que llamó Zeledón. Es todo cuanto tengo que decir.

Al ser las cinco con diez minutos de la tarde, una vez que le fue leída su declaración, el testigo la aprobó y la firmó, por lo que se dio por terminado este acto.

Julio Esquivel Astúa, Fiscal.”

*

Cuando regresé al presente, en marzo del 2174, solo tenía un pensamiento: volver al pasado, en donde estaba el único futuro que me importaba. Su extraordinaria belleza, que llenaba de colores mi memoria, fue lo que me impulsó a imponerme un plan de trabajos forzados para terminar mi tesis, convertirla en libro y publicarlo en menos de seis meses, al tiempo que preparaba el nuevo proyecto sobre la producción de miel de abeja. También traté de averiguar quién era ella, pero sin resultado, dada la falta de información que existe para la Costa Rica del período posterior a 1930, motivada por el incendio de San José del 2059 y la corrupción mundial de datos electrónicos del 2090. En lo que sí tuve suerte fue en que, en extraordinaria coincidencia con mis desvelos, el Parlamento aprobara el “Agregado de Excepciones”, el cual me despejó el camino para conseguir la autorización para retornar a febrero de 1934.

Mi plan era muy sencillo. La ley me prohibía regresar antes de 72 horas desde el día en que había retornado al presente, que fue el jueves 15 de febrero. Por tanto, la doctora Elizabeth Flores programó mi retorno para el domingo 18 en la mañana. Esta era la fecha más cercana al 14 de febrero, que fue cuando la conocí: entre más cerca estuviera del momento del contacto inicial, más posibilidades tendría de volver a encontrarla y de disminuir el riesgo, por ejemplo, de que ella se trasladara fuera de San José o, peor aún, al extranjero.

Apenas llegué al San José de 1934, compré provisiones para varios días, y me dirigí a La Sabana, tomé la calle lateral y, tras forzar la puerta, me introduje en la casa de campo

de los Cardona. Después de revisar la vivienda, salí de nuevo, tomé el tranvía y, alrededor de la una de la tarde, entré a la Iglesia de la Soledad. El templo estaba casi vacío, apenas había dos o tres beatas que rezaban en las bancas de adelante y un viejo que dormitaba en el fondo del coro. Me senté atrás y, tras verificar que nadie me observaba, con una cuchilla extraje el localizador y lo destruí.

Sin tardanza, me levanté, salí apresuradamente y regresé sin problemas a la casa de los Cardona. Mi intención era permanecer escondido allí durante las próximas 48 horas, que es el tiempo máximo que se le autoriza a un Equipo de Acción Inmediata contra Fugitivos Temporales para capturar a sus presas y retornarlas al presente. Si después de ese plazo fracasaban en su cometido, los agentes debían volver y solicitar que se me aplicara el Protocolo Verne, según el cual, si a los 20 días exactos de haber sido transportado me apersonaba a mi lugar de arribo, allí me esperaría un representante del Fiscal del Tiempo para regresarme y no se me impondría más que una sanción administrativa, aparte de prohibírseme, por diez años, toda vuelta al pasado.

El Protocolo Verne fue diseñado para los que se fugan y luego se arrepienten, pero yo no soy de esos. Cuando me extraje el localizador en la Iglesia de la Soledad, procedí según el modelo de Cortés: quemé mis naves. Al hacerlo, estaba perfectamente consciente de lo que vendría luego. Vencido el plazo de los 20 días, el Fiscal del Tiempo iniciaría un proceso para que la Corte Suprema de Justicia aprobara el envío de un Defensor de la Integridad del Pasado, es decir, de un asesino a sueldo con la misión de encontrarme y practicarle un suicidio. El trámite de la autorización correspondiente, sin embargo, duraría mínimo un año, tiempo más que suficiente para inventarme una vida, con ella a mi lado, y huir a algún lugar remoto.

El resto del domingo y la mañana del lunes pasé recluido en la casa de los Cardona; entre ansioso y fatigado, caí en un duermevela, mientras leía *La educación sentimental* de Flaubert, en una edición francesa de 1899. Abrí una lata de sardinas para mi almuerzo, la cual acompañé con una cerveza a temperatura ambiente, y luego me tendí en un sofá a dormir la siesta. Al rato, unas voces me despertaron. Inquieto, me asomé a la ventana y allí, a unos diez o doce metros de distancia, la vi pasar: acompañada por otras dos jóvenes, caminaban lentamente, despreocupadas y felices. Sus voces, como música lejana, alcanzaron mis oídos y, entre risa y risa, comprendí que hablaban del sátiro setentón, o sea de mí, en otra vida.

Por supuesto, yo había considerado la posibilidad de que ella, como se le había quebrado la botella de miel, volviera a la finca de los mudos; de hecho, tenía la intención de permanecer varios días más en la casa de los Cardona, pero ya no con el fin de esconderme, sino en labores de vigilancia, con la esperanza de verla venir. Sin embargo, no creí que haría contacto tan pronto. ¡Estaba tan linda! Mi corazón empezó a latir apresuradamente, al tiempo que mi cerebro se debatía entre seguir al pie de la letra el plan original, o correr tras ella. Entre la prudencia y el deseo, este último, como casi siempre ocurre, fue el que se impuso.

De prisa, me puse mi mejor traje, me acicalé lo más que pude y, por cualquier contingencia, me llevé un pequeño revólver que había encontrado en un escritorio, y un periódico amarillento, de seis meses atrás, que encontré en la biblioteca. Salí de la casa como un fantasma, y cuando ellas regresaron a la parada del tranvía, cada una con una botella de miel, ya yo las esperaba allí. Me percaté de que me observaron con bastante interés, incluso me pareció oír a una decir “qué guapo que es”, pero mantuve mi vista en el

periódico que fingía leer, mientras aparentaba tranquilidad para disimular lo ansioso que estaba.

Cuando el tranvía llegó, me senté atrás, y entonces, con más calma, levanté la vista y pude apreciar, sin temor, la perfección de sus hombros, la bellísima cabellera que le caía por la espalda, el timbre de su voz que llenaba de música mis oídos. Una de sus amigas la llamó Yolanda, y así supe su nombre. Se bajaron en la Avenida Central, entre risas y bromas; parecían haberse olvidado de mí, lo que me facilitó la tarea de seguirlas. Entraron primero a un bazar, donde una de ellas compró hilos y botones, y luego a una librería, de la cual aquella que le daba sentido a cada uno de los latidos de mi corazón, salió con un tomo de *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust, en una mano. Las tres se dirigieron después a barrio Amón e ingresaron a una bella mansión de estilo victoriano. Duré unos minutos mientras respiraba hondo y me daba valor para tocar la puerta. Llamé y, en ese momento, comprendí el peligro en el que estaba. Saqué el revólver, disparé un par de veces, y luego me encontré en el suelo, inmovilizado. Cuando la puerta apenas se abría, todo desapareció...

*

La doctora Beatriz Cavallini se aproximó seriamente al puesto de vigilancia y control del Pabellón C, el de máxima seguridad.

—Buenos días, doctora.

—Igual para ti, Clara.

—Gracias. El informe nocturno ya está en su escritorio.

—¿Novedades?

—Lo mismo de siempre. El doctor Zeledón no deja de hablarle a las paredes.

—¿Insiste en afirmar que está bien?

—Hubo una pequeña variación, doctora.

La computadora Clara no pudo evitar la tentación de introducir una pausa de tres segundos, para darle mayor suspenso a la información que iba a transmitir.

–Literalmente, dijo: “no estoy loco, solo enamorado”.

–Decime, Clara, ¿acaso no es lo mismo?

–Lo siento, doctora, no tengo suficiente información para contestar esa pregunta.

FINALIS

Me llamo Isaías, Isa para los amigos, y para ser sincero, siempre he pensado que la poesía no es más que una mierda de playos y putos. Por supuesto, cuando estaba cabrillo, hice mis lecturas obligadas de los hijueputas de Bécquer y Nervo y de otros playazos, y hasta descubrí que, con un par de versos bien escogidos y dichos en el momento oportuno, las maes se abrían de piernas más rápido y después hasta le suplicaban a uno, entre jadeo y jadeo, que les metiera todo y güevos. A Dios gracias, a medida que avancé en mi carrera, ya no tuve necesidad de más putos versos, y desde que gané mi primer Nóbel, las hembrillas me andan como si fueran moscas. La cosa empeoró cuando gané el segundo, y desde entonces he tenido la sensación, por vez primera, de que algún día me va a faltar picha para satisfacer tanto culo.

La verdad es que nunca imaginé que iba a ser famoso y rico, y que un día iba a aparecer en la portada de *Spacial Times* como el geólogo del siglo XXI. Eso sí, siempre fui un buen estudiante, desde que entré a la escuela. Debo reconocer que eso se lo debo a mi mama, porque el hijueputa de mi tata, no solo nunca se casó, sino que nos dejó tirados cuando yo tenía cinco años. Claro, cuando gané mi primer Nóbel, el hijueputa maricón se apuró a buscarme y a decirme lo

mucho que siempre me había querido, pero yo no me dejé engañar por esa parla hijueputa y, sin pensarlo dos veces, lo mandé a comer mierda, como mierda tuvimos que jamar mi mama y yo allí, en ese barrio de hijueputas muertos de hambre que es Sagrada.

Con mil y un esfuerzos, y breteando como una mula, mi mama logró pagar la parte de mi matrícula que no cubría la beca de la Chang University of Costa Rica, y así, a mis diecisiete putas años, me inscribí en Geología Espacial. En el fondo de mi corazón, lo que yo quería era ser entrenador de fútbol, pero el cupo ya estaba lleno, y si acabé en la carrera en cuyo ejercicio me volví famoso, no fue por vocación, sino por ese desasosiego que siempre ha guiado mi vida: la búsqueda de un buen culo.

Por esa época, ya yo me había comido cuatro virguillos, y andaba detrás del quinto, una mae que se llama Gladys y que ahora bretea en la base de Ganímedes. Aunque la hijueputa dejaba que la apretara toda, no me ponía el culo, y más de una vez, cuando traté de meter la mano, me paró en seco con un prenonazo de rodillas. Claro, yo la hubiera mandado a la mierda si no fuera porque la perseverancia es una de mis virtudes, y yo no me iba a dar por vencido, y menos porque esa hembrilla, como era hija de un magistrado lameculos de la Cuarta, se las tiraba de gran culazo. Total que un día le dije cuatro verdades y se vino en llanto, y me dijo que estaba muy enamorada de mí y que su sueño era que yo estudiara lo mismo que ella: Geología Espacial. Por supuesto, a mí me valía una mierda la ilusión de esa perra, pero como en algo debía matricularme, le dije que sí, con la condición de que me pusiera el semáforo en verde. No había terminado esa hembrilla de asentir, cuando ya yo la tenía mamando picha, mientras me preparaba emocionalmente para hacerle el tiro del carretillo.

No sé cómo, pero poco a poco la mierda de la geología espacial empezó a gustarme, y pronto me convertí en el más distinguido alumno de la Chang University, lo que me valió, luego de que terminé el bachillerato, una beca completa para hacer el doctorado en ese mierdero de playos, putos y lesbianas que es la Sorbonne Lunarís. Pese a todos los acosos de compañeros y profesores, sobreviví con mi culo intacto, me gradué con los máximos honores, y poco después, conseguí fondos para explorar, con el método de transparencias de profundidad que yo acababa de inventar, el cráter de Tycho, y así fue como descubrí el gran lago congelado que lleva el nombre de mi mamá y que me valió mi primer puta Nóbel. El segundo lo gané cinco años más tarde cuando, mientras dirigía un proyecto de mierda en Fobos, detecté con una nueva técnica unas irregularidades que luego resultaron ser las Cavernas de Cecilia, llamadas así como tributo al increíble culo que yo me volaba por esa época, y que me hacía meditar, a veces, sobre las desproporciones de la Naturaleza: tanto jamón para solo mis dos güevillos.

*

Supongo que ustedes habrán oído hablar de la doctora Irina Smith-Varitinov, una puta gringo-rusa, más amargada que un limón podrido y quien, según todos los expertos, es la principal marteóloga del siglo. Pues, señores, esta perra hijueputa concentró, durante el último quinquenio, casi un veinte por ciento de los fondos para investigación espacial, y los despilfarró en su despichada búsqueda por encontrar vestigios de vida inteligente en Marte. Esa hembra malcogida pasó cinco años dele que te dele, explorando todo el puto planeta, y no encontró ni mierda. Entonces, viene el orgullo de Sagrada, es decir, este papacito rico, y apenas empiezo un proyecto cerca del monte Echus, cuando encuentro lo de Finalis y gano mi tercer puta Nóbel.

Como era de esperar, a la hijueputa de Irina, se le revolieron las tripas, y según me contó un mae, se dejó decir que no entendía como un ser tan vil, despreciable e hijueputa como yo, que nada más pensaba en coger, podía tener tanta suerte. Incluso, por allí oí que movió cielo, tierra y espacio para que una comisión especial investigara las finanzas de mi modesto proyecto, ya que según insinuó la perra, yo contrataba un número innecesario de asistentes femeninas con el único fin de variar el menú. Después de eso, entendí que, más allá de la envidia porque yo encontré lo que esa hijueputa hembra no pudo, el verdadero problema de Irina, en el fondo, es que le falta picha, lo cual es explicable porque ni culo tiene. ¡Cómo va un mae que se respete a tirarle un polvo si la chochada de esa mae debe estar llena de telarañas por falta de uso!

Sí tiene razón esa hembra en algo, y no me importa concedérselo, y es que para la cama y la mesa, prefiero una despensa bien surtida. El día en que descubrí lo de Finalis empezó excelentemente. Es más, desde la noche antes, la Liga había vergueado a la S, y Kristen, una sueca hijueputa con cara de ángel que se me había resistido por casi dos semanas, por fin se puso tuanis, y me la cogí que fue un gusto; luego, en la mañana, terminado el desayuno, me dio una mamada tan hijueputa que tuve que meter la picha en agua fría para poder ponerme el traje espacial. Así, completamente satisfecho, física, espiritual y deportivamente y en paz con el universo, salí al amanecer marciano y me dirigí al sector KLJ-12, donde acabábamos de iniciar una exploración preliminar.

El resonador de transparencias había codificado todo en un área de un kilómetro cuadrado y a una profundidad de cien metros, y según el plano digital que veía en la pantalla, a una distancia de veinte metros de donde estaba, y a tres metros bajo la superficie, había un objeto oscuro y redondo,

cuya composición no era posible determinar. De inmediato, activé el excavador automático, encendí todas las cámaras y llamé de emergencia al resto de mi equipo. Dos horas después, teníamos a la vista una puta caja perfectamente circular, negra, brillante, de treinta centímetros de diámetro y, al parecer, construida en una sola pieza y completamente sellada. Al frente de la caja aparecía esta inscripción: “E. Finalis. 1600.”

*

Sobra decir que yo no tenía ni puta idea de quién era ese hijueputa playo de Finalis. Lo que sí tenía claro era que no podía comunicar mi extraordinario descubrimiento mientras no lo supiera. ¿De qué valía que hubiera encontrado la puta caja si después aparecía un hijueputa con una historia de mierda sobre el maricón de Finalis? Yo no estaba dispuesto a compartir la gloria de mi hallazgo, a menos que fuera bajo mis propios términos. Prohibí a mi equipo toda comunicación fuera de la base durante las próximas setenta y dos horas, y como necesitaba de todas mis energías, le expliqué a mi picha que nada de nada durante un rato. Después del almuerzo, llegué a la conclusión de que solo una persona de mi entera confianza tal vez me podría ayudar: Nicola di Renaldi, una mae especialista en la historia europea del siglo XVII, a quien yo conocí después del segundo Nóbel y con la cual había cogido por toda Venecia.

Pensé en llamarla, pero luego caí en que no era la mejor idea, ya que probablemente la hijueputa de Nicola debía estar muy resentida conmigo, y con razón; eso siempre pasa cuando uno, de un día para otro, deja a una hembra sin picha. Por eso, opté mejor por enviarle un email muy cariñoso: “Nicola, vida mía, necesito un pequeño favor. Durante tus valiosas investigaciones históricas, ¿te has encontrado con este nombre: E. Finalis? Parece que vivió alrededor de

1600. Te agradecería si podés enviarme toda la información que tengas sobre él. Después te explico. Es verdaderamente muy importante. Te mando un beso desde el fondo de mi corazón, donde siempre estás”. La respuesta me llegó una hora más tarde. Suprimida la parte de los reclamos e insultos, que no es necesario que ustedes conozcan porque no aporta nada a lo que les cuento, mi riquísima Nicola me prometió averiguarme algo lo más pronto que pudiera.

El resto del día, mi equipo y yo lo pasamos en el laboratorio, sometiendo la puta caja a todas las pruebas de mierda que se nos ocurrieron, sin éxito. Impaciente y ansioso, traté de dormir temprano, pero no podía dejar de pensar en el hijueputa de Finalis. Resignado, me levanté, traté de concentrarme en la lectura del último número de *Space Girls*, y como no pude, pensé que lo mejor era ponerme a culear. Me fui a la habitación de Kristen, donde le hice el 69 y después el 70 (que es igual al 69, pero con el dedo dentro del culo). Por fin, agotado, me dormí entre sus enormes tetas nórdicas, un poco irritadas de tanto como me las mamá, al tiempo que evocaba, con sincera nostalgia, el delicioso culo italiano de Nicola, y la increíble destreza de esa hijueputa para, cada vez que le hacía el tiro del carretillo y se me salía la picha, volvérmela a acomodar de taquito.

*

“Isa, aunque aún no te perdono, colaboro contigo con el más puro espíritu científico y por el cariño que todavía te tengo. Esto es lo que pude encontrar. Erasmus Finalis fue detenido por la Inquisición en diciembre de 1600, después de que una vecina lo acusó de fornicador, dado que su casa era visitada, con mucha frecuencia, por mujeres jóvenes. En esa época vivía en Roma, pero no hay datos sobre su origen, ocupación o edad. Parece, pero esto no está comprobado, que nació en La Habana, pasó a España y vagó por Francia

Inglaterra y Suecia antes de establecerse, por unos años, en Florencia. Se conjetura que conoció a Tycho Brahe y que llegó a Roma en 1598. También se cree que tuvo algún trato con Giordano Bruno.

Los inquisidores se apersonaron a su casa en la noche, con la esperanza de encontrar a Finalis en compañía femenina, pero estaba solo. Al registrar la vivienda, se dieron cuenta de que Finalis tenía casi diez tomos redactados en un lenguaje desconocido, y según uno de los oficiales, en lo que podía ser descrito como extraños signos matemáticos. Por lo tarde que era, decidieron volver al día siguiente por esos volúmenes. Cuando regresaron, los manuscritos, ya no existían: todos habían sido quemados. Gracias a informes de unos vecinos, se determinó que una prostituta, la Beatriz, había entrado a la casa poco antes del amanecer y echado las obras a las llamas. Capturada e interrogada, se limitó a decir que esas eran las órdenes del maestro, en caso de que muriera, desapareciera o fuera detenido.

Finalis fue interrogado, torturado y finalmente quemado en marzo de 1601, poco después de que lo fuera la Beatriz quien, la noche antes de su muerte, confesó que el maestro era visitado por unos extraños demonios azules, con los cuales practicaba aquelarres, en cuyo curso ellos y él desaparecían. Las ausencias de Finalis podían prolongarse por varias semanas. También declaró que el maestro había dejado embarazada a una joven, quien no pudo ser localizada por la Inquisición, institución que la buscó con sumo interés ya que, de acuerdo con lo afirmado por la Beatriz, ese niño sería Papa en un futuro no muy lejano.

Pese a que la Inquisición desmanteló prácticamente toda la casa de Finalis, lo único que encontró, escrito por él, fue un pequeño y extraño poemario, el cual está en español. Si no fuera porque lleva el sello del Santo Oficio, con el año

correspondiente, te diría que es un documento falso, ya que es simplemente imposible que alguien que murió a inicios del siglo XVII escribiera algo así. El título, incluso, es casi absurdo: “Luna de tu pie” y, cuando lo leas, verás que no tiene sentido. Me gustaría profundizar en el estudio de este caso, así que te agradeceré si me cuentas cómo es que estando en Marte de repente te enteraste de Erasmus Finalis. Tu Nicola, aún.”

*

La puta caja de Finalis, de la cual todavía no sabemos ni mierda, se convirtió en la prueba irrefutable de que, en algún momento del pasado, inteligencias de origen desconocido tuvieron contacto con habitantes de la Tierra. Mi descubrimiento, que terminó de fracturar todos los sistemas religiosos y puso en crisis el conocimiento que creíamos tener sobre la historia humana, me convirtió en el mae más célebre del Sistema Solar. La mierda del tercer Nóbel era previsible y, cuando me avisaron, ni me sorprendí, ocupado como estaba ya en conferencias, entrevistas, homenajes y todas esas putadas, además de culear. Seré un hijueputa, como dice la faltadepicha de Irina, pero no soy un ingrato; por eso, cuando anuncié el hallazgo, le di el reconocimiento público a la cabrona de Nicola (lo que, de paso, me valió una nueva invitación a Venecia, donde esa hembrilla me volvió a hacer la jugada del taquito).

El mayor problema que tengo ahora es la culeadera, intensiva porque –sinceramente– siento que ya no doy abasto. Hay días en que me tiro hasta cinco culos, y eso solo para que nunca se diga nada que ponga en duda la calidad de las pichas de Sagrada (eso sí, a polvo por culo). Aparte de esta presioncilla, estoy perfectamente. Acabo de sentarme en el amplio balcón de mi penthouse, ubicado al frente de Central Park, con un cacigüisqui en las rocas, mientras veo como

atardece y espero a que llegue Elena, mi nueva asistente, una brasileña para la cual he estado preparando la picha todo el día. Mi gran dilema es si empezar a chuparme a esta hembra de arriba hacia abajo, o al revés, y si le hago el tiro del carrito durante el primer polvo o en el segundo. Me gustaría entrarle de una vez con el 70, pero mejor espero a que me tenga más confianza. Si es cierto lo que dicen varias sectas fundamentalistas en cuanto a que la puta caja de Finalis es el comienzo del fin del mundo, lo único que puedo aconsejarles a todas y todos —y lo digo así en clave de género porque en esto soy muy progre— es: “a culear y a mamar porque el mundo se va a escocherar”. Y ya ustedes saben que los maes de Sagrada somos consecuentes: practicamos lo que predicamos.

No podría terminar sin decirles que, finalmente, empecé a hacer las paces con Finalis. Claro, no es que me gusten esas mariconadas de poemas que escribió, y no entiendo cómo la Comisión de Investigación Espacial ha asignado tantos fondos a esos comemierda que se llaman a sí mismos científicos de lo literario. ¡Según ellos, van a descubrir los códigos para contactar a una civilización extra-terrestre a partir de una deconstrucción metadigital de esas poesías de mierda! Eso es una verdadera babosada y solo se explica porque la presidenta de la Comisión es otra malcogida faltadepicha. Si le ensartaran una buena picha todas las noches tendría la visión necesaria para velar porque únicamente las ciencias de verdad reciban fondos y sabría que lo más probable es que el cabrón de Finalis escribió esos versos mari-güanados no para comunicarse con unos hijueputas bichos de otra galaxia, sino solo porque andaba detrás de un culo aquí, en la mismísima Tierra.

A mí lo de la puta caja me importa un culo. Les apuesto mi mejor polvo a que no hay ni mierda adentro. Tampoco

estoy muy interesado en contactar con inteligencias extra-terrestres, excepto, claro está, que las hembrillas sean cogibles. En todo caso, sea quien haya sido ese cabrón de Finalis, e independientemente de si él se cogía a los aliens o los aliens se la metían a él, tengo que agradecerle que dejara esa puta caja en el lugar exacto donde yo pude encontrarla. Por otro lado, que los hijueputas chupapichas de la Inquisición lo hayan arrestado inicialmente por culeador, es algo que habla muy bien de Finalis. Para mi un buen cogedor es, en principio, una buena persona, y nunca podría ser un mae muy hijueputa.

ANEXO
LUNA DE TU PIE

1

Me fui de Casiopea
a los veinte años,
sin desengaños
y con la brea
olorosa
todavía en mi nave:
airosa
de día, ave
cubierta de olas al atardecer,
y de madrugada,
pezón de mujer
deseada.

2

Al filo del universo,
el vacío
es un verso
atravesado por una sombra de río;
sin prisa,
va por mi nave,

en alas de una brisa
suave:
apacible,
pero distante en su quehacer,
como una mujer
imposible.

3

Cerca de Aldebarán
los pobres
viven en planetas de hielo.
Los días vienen y van,
salobres,
de duelo.
Danza
sin esperanza
en torno de un sol agonizante,
con la tristeza
de una promesa
distante.

4

Con una precisión exacta
y grano a grano,
el polvo estelar
se compacta,
lejano
y sin cejar
en el empeño
de cumplir su sueño:
ser

luna
en la mirada de una
mujer.

5

Después de viajar
por todos los planetas,
de mar a mar
y en compañía
de locos y poetas,
un día
de verano,
desembarqué
—temprano
y sin fortuna—
en la luna
perfumada de tu pie.

6

Viví en el desierto
espacial
casi un año,
a cubierto
del aroma fatal
y extraño
de sus arenas,
ajenas
al sol que las consume
sin cesar,
en un fuego similar
a tu perfume.

7

A diez mil veces
la velocidad
de la luz,
las constelaciones son peces
fugaces; la soledad
un instante sin tus
besos
dándole sentido
a mi memoria;
y tu cuerpo y el mío, datos presos
de un universo vertido
en una ecuación aleatoria.

8

Por doquier,
en cada puerto espacial,
se junta, con el atardecer
sideral,
un mar de viajeros
y equipajes,
de prisa, bajo los aleros
de un día que exhibe sus celajes
rojos;
entre el desfile de criaturas, mi esperanza se pierde,
ansiosa por encontrarme en el verde
de tus ojos.

9

De una
a otra luna,

el viaje
parece
no tener fin.
Sin su traje
de luces, el universo se desvanece
en una espuma afín
al vestido
—con que te conocí—
que un día lejano y sin olvido,
vencí.

10

Con la gracia
y eficacia
de una acometida de olas,
los cometas
trenzan sus colas
inquietas
y se desprenden del brillo que los ampara,
para
—sin apuro—
ir
a morir
como un beso sin futuro.

11

Dormido,
despierto y preparo
mi nave:
ido
está el sol y el faro

me sabe
consumido por el deseo
de viajar
–buceo
a ciegas en el ocaso–
por el mar
infinito y sin playas de tu abrazo.

12

Despierto.
¿Vivo?
¿Muerto?
Cautivo
de un mirar lejano,
evoco el mar;
en vano
me esfuerzo por inventar
un verso
solar
para alumbrar
mi universo...

Erasmus Finalis

PREMIÈRE

Zonta ganó, en el 2089, el Premio Nacional de Cine con una versión de *Marcos Ramírez* que tenía muy poco que ver con el original. En vez de ser travieso y transgresor, el personaje del film era un niño estudioso y obediente, incapaz de decir una mala palabra y menos de darse de puñetazos con otros muchachos de su edad. Cuando vi la película, casi me vomito al ver el grado en que había sido traicionada la novela de Carlos Luis Fallas, y poco faltó para que me enfermara gravemente tras la campaña de elogios y alabanzas con que la prensa costarricense –y en especial un periódico que no necesito identificar– acogió la cinta.

Para que puedan entender mejor mi enojo, debo confesar que Zonta y yo competimos por la realización de la película en el 2088, cuando el Ministerio de Artes Visuales abrió el concurso correspondiente. Al participar, sabía que tenía pocas opciones, ya que mi rival, además de más experiencia y mejores contactos, era dueño de una plataforma filmica Intelihollywood 4799, con la cual podía crear un número casi infinito de escenarios y personajes virtuales. La razón por la cual perdí, sin embargo, fue porque el guión que presenté se apegaba demasiado a la novela y la cultura oficial no estaba interesada en financiar un film sobre un joven problemático y agresivo que, además, desertaba del

colegio para correr mundo. El *Marcos Ramírez* de Calufa era un mal ejemplo y, por eso, era preciso reconfigurarlo.

La apelación que presenté no sirvió de nada. El doctor Pomareda, Oficial Mayor y amigo de mi difunto padre, me convocó a su oficina y, tras un intercambio cordial de información sobre las familias respectivas, me dijo seria y sinceramente:

—Mirá Juancito, vos tenés toda la vida por delante, así que no te la compliquéis desde ahora. En los próximos días, te va a llegar la respuesta formal de la Oficina Jurídica, en la cual se rechaza tu recurso. Podrías, claro está, elevar esto a la Cuarta, pero lo más que lograrías sería ganar fama de problemático. Sos un joven muy inteligente y creo que podés entender perfectamente esto. Además, seamos prácticos. Costa Rica experimenta, desde cincuenta años atrás, un crecimiento económico sin precedente. Un proceso de este tipo requiere que efectuemos nuevas lecturas del pasado del país con el fin de actualizarlo.

El doctor Pomareda se detuvo, se alisó el bigote, me miró fijamente a los ojos y, cuando le pareció que yo había asimilado sus últimas palabras, añadió:

—La propuesta que presentaste, desde esta perspectiva, ofrece muy poco: por qué conformarse con la visión prejuzgada, reducida y obsoleta de la Costa Rica de inicios del siglo XX que brinda Fallas cuando es posible —como lo hizo Zonta— mejorarla de manera significativa y poner la novela al servicio del verdadero enriquecimiento de la cultura costarricense.

Le prometí a Pomareda que reflexionaría profundamente en lo que me decía —por respeto a su amistad con mi familia, me abstuve de decirle que sus puntos de vista me parecían puras estupideces—, le estreché la mano y me fui. La verdad es que sí tenía algo que agradecerle: me había dejado

muy claras las reglas con las que jugaba la cultura oficial, las cuales confirmé una vez que vi el éxito de crítica y público que tuvo la película de Zonta. El próximo concurso a que convocara el Ministerio no me iba a tomar por sorpresa. Por lo pronto, empecé a laborar tiempo extra, vendí mi auto y con un préstamo que me hizo mi abuela terminé de completar la suma para adquirir la plataforma filmica 5000, la más sofisticada que había en el mercado.

El primero de marzo del 2090 el Ministerio abrió un concurso para escoger al director de cine que filmaría *Mamita Yunai*, la novela políticamente más comprometida de la literatura costarricense. Cuando vi el anuncio, me juré que si no ganaba, asesinaría a Zonta con tal de impedirle convertir la primera obra de Fallas en otra mierda. Pero yo sabía ya qué debía hacer para que me fuera adjudicada. El guión que elaboré presentaba un Limón feliz, donde los inmigrantes afrocaribeños y los del Valle Central vivían en paz, devengaban altos salarios y tenían condiciones de vida y laborales dominadas por la dignidad y la realización personal, todo ubicado en un paisaje en el que prevalecían exóticas plantaciones de banano cultivadas según los principios ecológicos de la agricultura orgánica.

La United Fruit Company era, por supuesto, el personaje principal de la película. La empresa, en el proyecto que sometí al Ministerio, era todo amor por el prójimo, ya que la parte de las utilidades que no distribuía entre sus trabajadores, la invertía en construir hospitales, escuelas, puentes y caminos, y en financiar un programa de becas de estudio para los hijos de sus trabajadores. Los comunistas, en esta versión actualizada de *Mamita Yunai*, quedaban por fuera, y la gran huelga bananera de 1934 la reduje a una pesadilla que, durante una noche de fiebre, tenía el bondadoso gerente de la compañía. Tal individuo, al despertar de su mal sueño,

decidía que, a partir de 1935 todos sus empleados gozarían de salario escolar y aguinaldo.

Los funcionarios del Ministerio, una vez que vieron la versión completa y final de la película, quedaron encantados y, prácticamente, me garantizaron que ese año el Premio Nacional sería mío. La *première* del film se programó para el 15 de septiembre del 2092, en el Teatro Nacional, a las ocho de la noche, con la asistencia del Presidente de la República, su gabinete, el Cardenal de San José, cuerpo diplomático, diputados, magistrados de la Corte Suprema, prensa e invitados especiales. La cinta, además, sería transmitida por cadena nacional para que todo el país pudiera admirar mi obra de arte, y su contenido sería evaluado en el examen de bachillerato de ese año.

La plataforma filmica Intelihollywood 5000 tiene varias características particulares, una de las cuales es que permite grabar, sobre la pista principal, hasta tres ediciones distintas de una misma película. El disco que entregué a las autoridades del Ministerio contenía dos versiones: la que celebraba a la United Fruit Company y la que era fiel a la extraordinaria novela de Calufa. El complejo selector de base temporal que incorporé al inicializador de los archivos se encargaría de que, antes del día y la hora del estreno, solo la primera versión fuera accesible, pero a partir de las ocho de la noche del 15 de septiembre, únicamente la segunda podría ser proyectada y transmitida.

La *première*, como es fácil de imaginar, estuvo llena de indignaciones, desmayos, indigestiones, malas palabras dirigidas contra mi señora madre, gritos, lágrimas e, incluso, hubo dos infartos, aunque sin consecuencias fatales. Después de los diez primeros minutos de proyección, decidí que era hora de *marcharme*, dada la súbita fama que había logrado, la cual pronto sería especialmente amplia entre la policía

y los agentes del OIJ que, según vi en el telenoticiero de medianoche, ya me buscan por fraude. Zonta, imagino, va a ganar de nuevo el Premio Nacional de este año con su versión azucarada de *Hijas del campo*. Pero eso ya no me importa. Cumplí con Calufa y, en lo inmediato, lo único que espero es llegar a Peñas Blancas antes del amanecer y que los compas no me jodan mucho cuando les pida asilo. Dicen que Granada es una ciudad muy bonita. Espero que sea cierto, ya que todo parece indicar que voy a estar un buen rato por allí. “Nicaragua, Nicaragüita...”

DESPEDIDA

Cada vez que abro la puerta del cuarto, espero verte, sentado en el sofá, con una cerveza al lado y, entre tus manos, un gráfico de la variabilidad diaria de los vientos solares. Pero es una esperanza vana, te fuiste y sé que no volverás, a pesar de que tu olor se resiste a abandonar mis sábanas y en la almohada todavía intuyo el peso de tu cabeza. Tal vez sea mejor así. Me siento más tranquila al saber que ya no estás porque nada es peor que vivir, día tras día, con la duda de si te vas a ir, de si será hoy que partís. Sé que no me dejaste porque ya no me amaras, sino que, simplemente, cada día te pesaba más vivir conmigo y, por fin, ya no soportaste más.

Al recordar cómo eras cuando te conocí, no puedo evitar una sonrisa. Me parece verte, con tu uniforme del Liceo, un cigarrillo en la boca, líder entre tus compañeros, con los ojos listos para medirnos, pesarnos y devorarnos, una vez que saliéramos del Colegio Superior de Señoritas. ¡Tenías tantos sueños! Veinte años después, me dijiste, un día, que todos fueron un fracaso. Pero eso no es cierto. Para empezar, me tuviste a mí. Sé que si estuvieras aquí me dirías: “¿Y qué con eso?” Sin embargo, si lo pensás bien, verías que el amor de una mujer como yo no era algo que te merecías de por sí, sino un regalo que la vida te dio.

Lo mismo te podría decir con respecto al trabajo. Te graduaste de ingeniero solar, según era tu deseo y, aunque no pudiste dedicarte completamente a la investigación, no te han faltado asesorías que te han permitido compensar, en forma parcial, la falta de un puesto académico. Ansiabas visitar las principales bases espaciales y viajar a lunas y planetas, y has cumplido esos sueños. Tampoco podés quejarte de tu salud, ya que nunca te enfermás, y con tu cara de niño, es difícil de creer que ya pasaste el umbral de los cuarenta. Económicamente tenés, desde hace tiempo, eso que llamás una posición sólida y podrías, si quisieras, jubilarte y dedicar tu tiempo a lo que más te gusta hacer.

Sería ingenuo de mi parte no mencionar ahora lo que ha sido la fuente principal de problemas entre nosotros: mi “exitoso” desempeño profesional. Por alguna razón, que no alcanzo a entender del todo, desde que gané mi primera beca de investigación, vos has visto en mí más una competidora que una compañera. Cuando terminé el doctorado y me dieron distinción por mi tesis, casi no lo podías creer, y al obtener mi plaza de científica de planta, tu felicitación fue casi un pésame. De ahí en adelante, cada premio o reconocimiento que tuve fue un sinsabor para vos porque, como me lo dejaste claro una vez, eso te echaba en cara cuánto no habías podido lograr.

Puse exitoso entre comillas por algo que nunca quisiste aceptar: para vos, soy la mujer perfecta, a la que todo le sale bien y, además, tiene toda la suerte del Sistema Solar. No obstante, esa impresión tuya es producto de que, durante todos estos años, has estado más pendiente de vos que de mí y, por lo tanto, siempre has minimizado mis fracasos, incertidumbres y vacilaciones. Si hubieras prestado atención a esto, habrías descubierto, en mis fallas y vulnerabilidades, una dimensión de mi humanidad que reclamaba, por encima

de todo, el alivio de tu abrazo y sentir el soplo de tu respiración sobre mi pelo.

De nada valió que tratara de mantener un bajo perfil o que, con la excusa de que estaba concentrada en la investigación, rechazara posiciones de dirección. Lo único que importaba para vos era que soy más reconocida, gano más y tengo más opciones. ¿Por qué, simplemente, no pudiste alegrarte de que fuera así, por mí, por nosotros? Ni siquiera podés imaginarte cuántas veces anhelé que la situación fuera al revés, o que, por lo menos, un día, al despertarte, hubieses sido capaz de efectuar un balance objetivo de tu vida y apreciar todo lo que has tenido. Mi amor, ¿por qué nunca pudiste contar tus bendiciones?

Te fuiste sin despedirte, como un preso que escapa de una cárcel. Espero, sinceramente, que encuentrés lo que no tenías a mi lado. Ya superé, creo, las etapas de la ira y de la desesperación, todavía no la del dolor. ¡Te extraño tanto! Aún extendiendo mi brazo en la madrugada para buscar tu cuerpo y cuando me despierto, a las seis de la mañana, una parte de mi cerebro se prepara, inevitablemente, para oír el sonido de tu rasuradora en el baño. Sé, por supuesto, que esto pasará, más pronto o más tarde y que, poco a poco, tu ausencia será soportable: un día, la sensación de pérdida, pese a lo fuerte que es hoy, desaparecerá.

Mañana vendrá Alberto a recoger las pertenencias que has dejado aquí. Le pediré el favor de que te lleve también esta carta. Será lo último que recibirás mío. Acepté la dirección del biolaboratorio de la base “Eurípedes”, en la órbita de Venus, y me trasladaré allí a fin de mes. Me podés enviar allí los documentos del divorcio. Estaré en Marte para el Congreso de la SCFI, a mediados de marzo próximo, así que te aviso con tiempo, por si acaso me cruzo en tu camino. No lo tomés como burla o amenaza, solo te lo adelanto por si

ocurre. Tampoco te preocupés más de la cuenta por lo que dirá tu familia; en cuanto a mamá, ya sabés cuán práctica es: después de que le conté, frunció ligeramente el ceño y se limitó a desearnos suerte, por separado.

No creo que vuelva a la Tierra a corto plazo. El proyecto en “Eurípedes” es sumamente interesante y complejo y me va a mantener ocupada por lo menos un par de años. Entiendo, por lo que me dijo Alberto, que vas a aplicar otra vez por una plaza científica en la base de Europa. De todo corazón, espero que lo logrés: la merecés, sin duda, y tu amplia experiencia profesional te respalda. ¡Es precioso vivir en la órbita de Júpiter! Mi amor, un beso y lo mejor para vos. Es tiempo de empezar a perdonarnos y, quién sabe, quizá se nos brinde una segunda oportunidad. La vida, como los magos que conocen su oficio, está llena de sorpresas.

ALGODÓN DE AZÚCAR

Fue a inicios del 2161 cuando ocurrió. Por esa época, los centros de las ciudades lucían completamente abandonados, y el de Alajuela no era la excepción. Desde varias décadas atrás, los vecinos se habían ido a vivir a las afueras, en macrocondominios amurallados y sin ventanas, y su vida pública transcurría en los supermalls, complejos de cientos de pisos y de miles de millones de metros cuadrados. Apropiadamente cerradas y climatizadas, estas fortalezas albergaban fábricas, oficinas estatales, escuelas, colegios, universidades, cárceles, estadios, hoteles, hospitales, playas artificiales, fincas hidropónicas, cines, teatros, supermercados, aeropuertos y cuánto se pueda imaginar.

La red subterránea de rieles y carreteras que conectaba a los macrocondos con los supermalls evitaba que los costarricenses de entonces, más parecidos a topos que a personas, salieran al aire libre, una práctica en desuso después de que la destrucción de la capa de ozono alcanzara un nivel crítico en el 2050 y de la grave contaminación atmosférica que se produjo en el 2056. La paz de este universo artificial de concreto, acero y vidrio parecía asegurada para siempre cuando TeleNews, en su edición estelar del seis de enero del 2161, informó de un evento completamente extraño ocurrido en la superficie.

Diagonal al costado sureste del Parque Central de Alajuela, acababa de ser abierto un establecimiento comercial llamado “La Soda de Chepe”. Parecía extraído de la década de 1950 o de antes, dado el estilo de las sillas y mesas y sus luces de neón; además, en el fondo, cerca de donde estaban billares y futbolines, se acomodaba una vieja rockola, con una oferta musical que iba de “Noche inolvidable” y “Amor de temporada” a las primeras canciones de Elvis. Y en el frente, a la par de una brillante sorbetera, colgaba un letrero que decía: “Deliciosos frescos naturales y arreglados”. El dueño del local, apoyado sobre un estante de vidrio que dejaba ver todo tipo de tosteles y dulces, sonreía con tal satisfacción que era imposible no devolverle el gesto.

Los Ministros de Seguridad Pública y de Salud, casi inmediatamente, dieron una conferencia de prensa en la cual informaron a la ciudadanía que la apertura de esa soda, captada por las cámaras móviles de TeleNews operadas a distancia, era producto de la acción ilegal de un loco, un tal J. M. Espinoza, fugado tres meses antes del asilo “Carazo”. Las dos altas autoridades terminaron su improvisada alocución con la advertencia de que salir a la superficie, sin un traje apropiado provisto con la suficiente reserva de aire puro, era un suicidio, y que el transgresor, a pesar de su contagiosa sonrisa, moriría a corto plazo.

El día siete de enero, las cámaras de TeleNews descubrieron algo todavía más insólito. El quiosco del Parque Central acababa de ser restaurado y pintado y, al ser las 7:45 de la noche, lucía alegremente iluminado, con varias hileras de sillas plegables de metal, lideradas por un pequeño podio. Diez minutos después, una pequeña orquesta se acomodó en el lugar y, a las ocho en punto, empezó a tocar el “Bolero” de Ravel, pieza que fue seguida por “Caña dulce”. La transmisión de este inesperado concierto fue interrumpida

por el Ministro de Seguridad quien informó que esos músicos, liderados por un L. Barahona, eran también prófugos, en este caso de la clínica “Ariasánchez”.

La tensión que se apoderó de la sociedad costarricense se incrementó, casi hasta el límite, el diez de enero, cuando TeleNews informó que, al ser las 6 y 15 de la mañana, en el viejo mercado municipal, construido en la década de 1930, un sujeto apodado Chaquetilla acababa de inaugurar un tramo de verduras, frutas y legumbres, en el cual se dejaban ver deliciosos tomates y lechugas, cautivantes repollos y berenjenas, tentadoras coliflores y piñas. El deseo con que la cámara móvil enfocaba una voluptuosa papaya fue sustituido, de pronto, por otra imagen. El legendario cine “Milán”, inaugurado allá por 1940, parecía haberse levantado de su tumba, y un tal Aníbal, de apellido desconocido, traje entero y sin prestar atención a los lentes digitales que lo captaban, terminaba de colocar unos carteles en los cuales se anunciaba que el próximo 15 de enero, se exhibiría, a la una de la tarde, “King Kong”, a las 3, “Ahí está el detalle”, y a las 7 de la noche, “Dr. Zhivago”.

El Presidente de la República, visiblemente alarmado, improvisó un mensaje, por cadena nacional, en el cual le solicitó calma a la ciudadanía y la instó a no abandonar la seguridad de los macrocondos y de los supermalls; a la vez, aseguró que un equipo especial del Ministerio de Seguridad se preparaba para ir a la superficie a arrestar a los transgresores. El discurso presidencial, sin embargo, fue olvidado casi instantáneamente, dada la espectacular noticia que le siguió: a las 4 de la tarde del 10 de enero, TeleNews comunicó que el Centro de Investigación sobre las Condiciones de la Superficie, adscrito a la Universidad Subterránea de Costa Rica, acababa de confirmar que la capa de ozono se había recuperado al nivel de 1960 y que el aire era respirable.

El desenlace era previsible. Las puertas de emergencia de los macrocondos y de los supermalls, herméticamente cerradas durante más de un siglo, fueron abiertas y una ola de ticos, dominados por la ilusión y la nostalgia, se lanzó sobre las viejas ciudades. Las casas antiguas, con jardines que daban a la calle, fueron restauradas y habitadas, las aceras y avenidas fueron reconstruidas, se inauguraron miles de pequeñas tiendas y locales atendidos por sus propietarios, los cines de otrora resucitaron con más magia que nunca, los parques se llenaron de personas que caminaban –sin prisa– alrededor de los quioscos y, por casi todas partes, niños y niñas jugaban quedó y rayuela o andaban en bicicleta.

Para que todo fuera perfecto solo faltaba algo, y eso ocurrió entre marzo y abril. Al caer la tarde, se hizo un profundo silencio y ticas y ticos levantaron la vista y afinaron sus oídos y narices. “Va a temblar”, dijo alguien, pero no, no era eso. De pronto, desde el oeste, en medio de los últimos celajes del día y jubilosamente ufano con su vestido de domingo, se esparció un viento que silbaba música de carousel y olía a miel de chiverri y a algodón de azúcar.

CATARATA

Poco después de las cuatro de la tarde, dejé el campamento y me dirigí a la doble catarata ubicada en la confluencia de los ríos Caracha y Poás. Luego de veinte minutos, el estruendo del agua empezó a apropiarse de mis oídos. Bajé por el sendero abierto en la mañana por los trabajadores de la compañía y, gracias a un inmenso tronco caído entre la orilla y el islote, pasé a este último. Todo era de una belleza increíble: la vegetación, de un verde intenso; el cielo, completamente despejado; y la espuma, que se deslizaba sin prisa entre las piedras.

De pronto, el paisaje entero comenzó a adquirir un delicado tono sepia. Saqué mi reloj y constaté que era demasiado temprano para la puesta de sol. Casi instintivamente, coloqué mi mano izquierda en el mango del machete que tenía enfundado a mi costado y apreté con la otra una vara que acaba de recoger; entonces, las vi. En la catarata a mi derecha, empezaron a formarse cinco esferas, cuatro de las cuales giraban lentamente alrededor de la más grande. Por unos segundos, al tiempo que me sentía maravillado, mi cerebro precipitadamente buscaba algo con que asociar ese fenómeno. Lo único que venía a mi cabeza era una función en el Planetarium Hayden de Nueva York, a la cual había asistido un año antes con mis pequeñas hijas.

A medida que las esferas empezaron a adquirir perfiles cada vez más definidos, pude distinguir lo que parecían ser mares y continentes. Traté de aproximarme a la que estaba más cerca del islote y, en ese instante, todas desaparecieron. Permanecí, sin moverme, durante unos minutos, con la esperanza de que regresaran; pero fue en vano. Con sumo cuidado, bajé al río, me hundí hasta la cintura e investigué el fondo; luego, exploré detrás de la catarata, pero no encontré nada extraño. Entre asombrado y decepcionado, volví al campamento, me cambié de ropa, dibujé lo que vi y acabo de terminar un informe en el que, basado en falsas razones técnicas, recomiendo que se descarte el proyecto de construir una represa en este paraje.”

*

Ref.AKZ-000212456. Código FJ89. Exp. 4. 12-3-2189

Valeria, el texto anterior es una copia exacta de lo que Francisco Cervantes, ingeniero en jefe de la Electric Company of Costa Rica, escribió en su diario el 30 de marzo de 1937. Pese a las dudas planteadas por diversos investigadores sociales sobre la confiabilidad de este documento, es evidente que la descripción y el dibujo del planeta y sus lunas coinciden con el último descubrimiento de Tseng Lao en la constelación del Cisne. Todo indica que la alteración magnética del área donde estuvo la catarata es un residuo de otra de esas puertas estelares de base ecológica construidas por los thazmis.

Cervantes, una vez que logró que la Electric perdiera el interés en el proyecto de la represa, invirtió todo su capital en comprar los terrenos que circundan la catarata y los convirtió en una reserva privada, que existió como tal durante casi un siglo. La aprobación en el 2045 de la Ley Desreguladora de la Tala, supuso el fin de ese pequeño paraíso tropical y, de seguro, el colapso de la puerta, una vez que su fundamento ambiental fue destruido. Saludos, Susana.

Costarricenses que
prefieren suicidarse
en vez de votar; pandillas juveniles que se politizan; un Presidente de la República vestido con un traje de fatiga y listo para matar; peregrinos con derecho a veinte minutos de océano; viajes en el tiempo que conectan a la Costa Rica de ayer con la de mañana... Estos y otros temas que dibujan futuros inquietantes y extraños son los que el lector encontrará en el presente libro.

Iván Molina Jiménez es un historiador costarricense. En el 2002, publicó la novela *Cundila*.